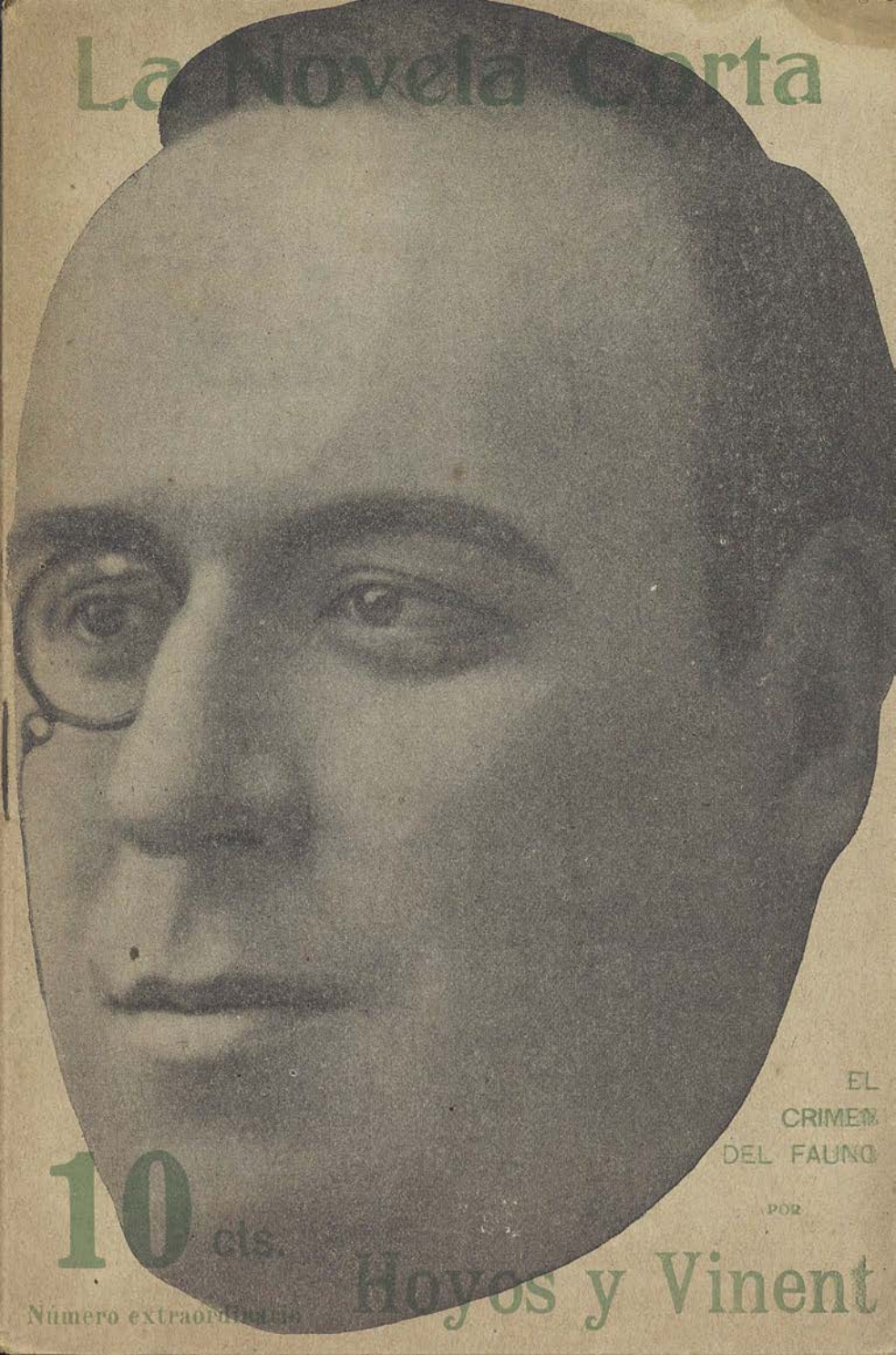
La Novela Corta



EL CRIMEN DEL FAUNO

POR

Hoyos y Vinent

10 cts.

Número extraordinario

Año I Madrid, 1 de Julio de 1916 Núm. 26

La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Publica los SÁBADOS una novela rigurosamente INÉDITA

Fundador y Director: José de Urquía

COLABORADORES ÚNICOS

LOS INSIGNES NOVELISTAS Y DRAMATURGOS

Galdós.-Benavente.-Pardo Bazán.-Octavio Picón.-Eugenio Sellés.-Guimerá. Valle Inclán.-Baroja.-Blasco Ibáñez.-Alvarez Quintero.-Martínez Sierra.-Azorín.-Dicenta.-Linares Rivas.-Manuel Bueno.-Marquina.-Gómez Carrillo.-Ricardo León.-Trigo.-Rusiñol.-Pompeyo Gener.-Unamuno.-Salvador Rueda. Federico Oliver.

LOS PERIODISTAS ILUSTRES

Bonafoux.-Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Parmeno.-Zozaya.-Pérez Zúñiga. Colombine.-Francés.

POETAS Y PROSISTAS AMERICANOS

Santos Chocano.-Leopoldo Lugones.-Amado Nervo.-José Rodó.-Vargas Vila.

Y LOS JÓVENES MAESTROS

Prudencio Iglesias. - Eugenio Noel. - Pedro de Répide. - Villaespesa. - Alberto Insúa.-Carrere.-Hoyos Vinent.-Belda. García Sanchiz.-Pérez Ayala.-San José.

Esta Revista no acepta otros trabajos que los de sus **colaboradores ÚNICOS**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO	
Año	3 ptas.	Año	6 ptas.

No se acepta el pago en sellos

Administración: Calvo Asensio, 3, Madrid - Apartado 498 - Tél. 5224

El 8 de Julio EL HOMBRE NEGRO, por

COLOMBINE

El 15 de Julio NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE, por

UNAMUNO

El 22 de Julio EL ALMA DE LA RAZA, por

VARGAS VILA

una de las más altas mentalidades de América latina cuyo maravilloso trabajo irá acompañado de un prólogo de **Manuel Bueno** y un epílogo de **Pompeyo Gener.**

Prohibida la reproducción del texto.

El Crimen del Fauno

NOVELA INEDITA

POR

Antonio de Hoyos y Vinent

I

BOCHORNO

Aburrida por aquel largo silencio, María de la Paloma (Paloma llamábanle abreviadamente) murmuró en aparte teatral, uno de esos apartes que a las gentes mundanas sirven para provocar una conversación:

—¡Qué horror! ¡Qué calor hace aquí!

Como nadie le contestara, fué paseando la mirada, de mamá Tecla a tía O, y de ella a Silvio; al verles inmóviles, abrumados por el calor, miró al través de la ventanilla del coche buscando distracción al tedio de la inacabable caminata. Pero el paisaje bíblico, desolado bajo la maldición implacable del sol; los viñedos verdosos o rojizos con las hileras de olivares que destacaban sus siluetas negruzcas sobre el cielo inexorable de

añil; la colina al horizonte entenebrecida, como un Gólgota figurado, con la tragedia del calvario de piedra; y allá lejos, muy lejos, en los confines del paisaje, el fondo convulso de unas cordilleras pedregosas; todo el paisaje hosco, casi ascético, repelióle al interior, y por un momento distrájose con los vuelos de alocada mariposa que se había refugiado dentro del vehículo.

La mariposa voló hacia el goloso regalo de los racimos verdes; un moscón que le había sucedido zumbaba implacable, poniendo su trompeteo monorrítmico en el tedio insoportable de las horas de sol; incapaz de estarse quieta, rebelde al sopor embrutecedor de que se dejaban vencer los otros, Paloma trató de distraerse con algo. La novela francesa que sacara de Madrid habíasela dejado olvidada en el tren; el paisaje era igual: monótono, abrumado de luz y de calor; la carretera, polvorienta, reverberaba; en lo alto del pescante, Isidoro, el cochero, tatareaba soñoliento una copla repetida hasta lo infinito, y de tarde en tarde arreaba la pareja de mulos viejos y huesudos:

—¡Arrea, *Clavel*!... ¡Hala, *Coronela*!

Los jamelgos sacudían entonces los sonoros collarones de cascabeles, y por un momento galopaban para reemprender en seguida el trote cansino que rimaba mejor con el aplanamiento de todas las cosas. Al andar parsimonioso de las bestias, el viejo «landeau» se bamboleaba desplomándose y saliendo trabajósamente de los baches del camino, amenazando desbaratarse a cada paso.

Era un vehículo enorme, del año de la nanita, negro por fuera, con grandes coronas verdes en las portezuelas, forrado por dentro de paño verde, también lleno de manchas, piezas y zurcidos, que con los años había tomado un pardusco color ala de mosca. Olía a cuadra, a humedad y a alcanfor, y a aquel olor mohoso a viejo aumentaba la angustiosa sensación de ahogo. En la atmósfera enrarecida, sus compañeros de viaje dormitaban.

Mamá Tecla debía haber sido guapa y elegante, pero ahora desmoronábase bajo las telas de luto, y, sin saberse por qué, daba la sensación de una decadencia irremediable. La cara, más bien delgada, no era, sin embargo, enjuta, sino que fofa,

llena de bolsas y arrugas, hacía pensar en esas personas gordas a quienes una enfermedad incurable ha demacrado.

No era inmpresión de músculos, sino de carnes linfáticas, que fueron rosadas y rozagantes y yacen mustiadas por un mal oculto. Tenía el pelo pintado de rubio; mas en ello también denotaba desaliento y abandono, pues no era el rubio veneciano luciente e igual, ni el pálido rubio de las mieses, sino una mezcolanza de colorines que iban del oro tiziano al ceniza, sin olvidar los mechones de canas. Mal peinada, bajo el manto negro, con un golpe de rizos sobre la frente, aquel tocado aniñado y convencional sorprendía por su compenetración con todo el resto de la persona. La nariz era recta y noble, y la boca, pueril, hallábase profanada por dos hondos surcos que daban guardia a las comisuras.

Había sido guapa y elegantísima; en lo moral, una de esas mujeres atrozmente banales que viven la efímera vida de los salones. El prestigio de Pacheco, el famoso banquero, su marido, impúsola en el mundo convencional que se llama «gran mundo», y allí, frágil y quebradiza, primero entre tules y encajes; noble y reposada, después en la pompa de pieles y joyas, triunfó; no tenía voluntad, ni iniciativa, ni ciencia ninguna del vivir. Así, cuando la catástrofe, cuando la ruina, seguida de suicidio, del pobre papá Gaspar, hallóse desconcertada, obligada a hacer frente a una situación dificilísima. Abúlica, superficial, manirrota, pronto sintióse ahogada en el fárrago de papelotes judiciales, aturdida por los discursos de jurisconsultos y leguleyos; y como Paloma parecía más valiente, más osada y más dueña de sí misma, abdicó en ella. Pero María de la Paloma dedicóse a coquetear con abogadillos y hombres de negocios, a soliviantar viejos magistrados y usureros, a poner una nota de sensualidad picante en la monótona de todas aquellas cosas feas y vulgares. María de la Paloma era una de esas muchachas educadas a la moderna; varoniles, pero no fuertes espiritualmente; valientes con majeza, pero sin ese sereno ánimo que da la plena conciencia del deber. Abordaba la vida con osadía, más por amor al bello gesto, por fanfarronería y por ignorancia de las leyes morales fundamentales, que por consciente noción del deber, por resignación noble y reposada

hecha de fe en Dios y de plena conciencia, característica de las mujeres españolas. Era eso varonil, con arrojos de hombres de «sport» y desplantes achulados, y luego, agravándolos, maligna, con un instinto femenil de coquetería pecaminosa, muy francés. Como característica, poseía melosidad envolvente, afán malicioso, perverso y burlón de encender deseos, de exasperar pasiones, de hacerse desear; de, en pleno triunfo del músculo, en medio de la exaltación atlética de los deportes, ser «muy mujer», y encender la llama de la sensualidad en una sabia exhibición de encantos apenas velados por la casta e insexuada serenidad de las prendas del juego. Era provocativa, infinitamente provocativa, y aun diré descocada, en su tejemaneje de sonrisas prometedoras, de intencionados roces y de posturas lánguidas que, entreabriendo las camisas de «tennis» o «golf», mostraban los senos duros y blancos, o que al cruzar las piernas dejaban al aire la línea elegantísima de la pantorrilla. Era varonil; tiraba al florete, montaba potros bravos, derribaba toros, remaba, tiraba a pistola y practicaba todos los juegos de valor, fuerza y destreza; pero al mismo tiempo era atrozmente femenina, mimosa y perversa como una gata. Apenas vióse, pues, de hecho directora de su casa, toda su obra fué eso, una obra de perturbación, de desmoralización, de inquietud. Por la ciencia mundana, que sin querer se aprende en los salones, sabía que, para triunfar, la influencia era una de las armas, y con una amoralidad deliciosa buscó la influencia como una aventurera. Hasta que Nobledares, el viejo amigo de la familia, puso sobrealerta la candorosa confianza de doña Tecla. El había sido el amigo de corazón de la dama en otros tiempos, sin perjuicio de ser el íntimo del pobre Pacheco, y luego, cuando la edad de las pasiones pasó, convirtióse en el consejero más fiel y leal. Con franqueza, habló a la viuda. El no podía ocuparse, con alma y vida, de los asuntos, como sería su deseo; su casa, su mujer y sus hijos robábanle todo el tiempo. Pero era un deber de conciencia prevenirla; Paloma iba por mal camino, y de seguir así, la hija de Pacheco, en vez de una señorita pobre, pero digna y respetable, convertiríase en una entretenida o una de esas artistas con vistas a la galantería, y el nombre honrado del difunto rodaría por el lodo. Ella era muy bue-

na, pero no tenía energía ninguna, y lo mejor que podía hacer era ponerse en manos de la hermana de su marido, aquella severa e inexorable doña O, que vivía retirada en el pueblo. Y la Pacheco, dócil, acostumbrada a obedecer siempre, a obedecer al marido y al amante, una vez más se dejó guiar, y allí estaba.

Doña O era una figura que realizaba por completo la idea que de la prestancia y señorío han formado en los pueblos. Gorda, pero no con la gordura desvaída y blanduzca de su cuñada, sino maciza y ágil; el talle, redondo, y el pecho muy alto; toda oprimida por un corsé-coraza de factura provinciana; vestía, a pesar del calor, de merino negro, y envolvíase toda en un manto que no dejaba al descubierto sino el rostro redondo y amarillo, empolvado de polvos de arroz, en que, entornados los ojos, se destacaba la dureza del entrecejo, muy cerrado y espeso, y la frente amplia en la fuga de cabellos canosos, peinados en nimbo o aureola. Dormitaba ahora; pero ni aun en sueños perdía su noble severidad matronil, y empuñando como un cetro el enorme abanico de madera, con paisaje de seda, denegaba siempre, y aun de vez en cuando, entreabriendo los ojos negros y lucientes, murmuraba con acento de profundo convencimiento:

—¡No, no; está muy mal educada!

Aquellas dos parientas, una triste, y con ademanes de vencimiento; la otra, alocada y procaz, inspiraban a la severa señora una simpatía muy relativa. Encastillada en su caserón pueblerino, había asistido a la aventura que fué la vida entera de su hermano con un desdén hostil y frío. Cuando su ruina y suicidio, limitóse a rezar por él; no le lloró. En la idea implacable que tenía de la justicia, pensó que Dios había castigado su frivolidad, su indiferencia y su falta de seso. Para la viuda y la huérfana, cómplices y copartícipes de aquellas locuras, no tuvo ni una buena palabra ni un gesto cordial. Y cuando anunciáronla su ida, cuando vencidas tuvieron que ponerse en sus manos, aceptólas como aceptaba siempre el deber, y al mismo tiempo pensó que la providencia la investía de una misión educadora y en cierto modo reivindicadora. Ella no comprendía nada que fuese debilidad o cobardía moral. En su casa era un

juez inexorable que tenía a un lado un Cristo y al otro la tabla de la ley. A Silvio, su único hijo, tratábale con severidad ejemplar. Los inviernos pasábalos el muchacho en el Colegio de los Padres Jesuítas de Nuestra Señora del Amparo, y los veranos venía al pueblo, pero no a correr y a triscar, ni para mezclarse con los compañeros de su edad, sino para permanecer noche y día junto a su madre. Doña O pretendía moldear aquel alma infantil a su imagen y semejanza, pero aquel alma era como un misterioso torrente que corría oculto. Y Silvio, turbado por místicas inquietudes, derretido en misteriosas ternuras, abrasado de raros ardores, enfermo de incurable melancolía, sentíase arrastrado por ráfagas de angélico amor que le hacían desmayarse en la capilla del Colegio durante las «Flores de María», embriagado por el incienso, las rosas y el olor a cera, por malsanas dulzuras que se traducían en ingenuas poesías trazadas en las horas de clase, o por esas absurdas conversaciones que en los espíritus infantiles son como una válvula de salida a desconocidos anhelos. Luego, en los meses del estío, en la húmeda y desolada frialdad de las grandes salas, leía los libros que la censura de doña O dejaba llegar hasta él—viejos madrigales de Gutiérrez de Cetina, místicos arrobos de Teresa de Jesús o de la beata Inés de la Cruz, alambicadas historias del período romántico—, y soñaba. Físicamente, era débil y ambiguo, y tenía una gracia frágil, insexuada, la gracia de algunos retratos de Lord's adolescentes o de equívocos bambinos italianos. En contraste con la modestia del traje negro que ceñía la elegancia de un cuerpo fino y alargado de raza, aparecía el rostro clásico, muy pálido, de piel blanca y aterciopelada de camelia, sobre la que caía la negra onda del cabello de seda. Reposaba ahora vencido por el calor, y en todo el rostro había algo de doloroso que se acentuaba en la boca fina y pálida y en los ojos cernidos de moradas ojeras, aun más obscuras por la sombra de las largas pestañas que, entornadas, apenas dejaban deslizarse la tenue claridad verdosa de las pupilas.

Paloma miraba a su primo entre curiosa, irónica y sorprendida. Aquella muñeca grande, con el rostro de marfil, en que se incrustaban las esmeraldas de los ojos, de cabello de ébano, pero sobre todo de manos blancas, finas y alargadas, manos

casi monjiles, manos de abadesa pintada por Carreño, en uno de cuyos dedos lucía enorme sortija maciza de oro, grabada con las armas, la inquietaba y le hacía sonreír.

Ella era toda salud, alegría, vida pujante y brincadora. María de la Paloma era muy bonita. Era la suya una de esas bellezas llena de imperfecciones, pero llena de luz y de viveza. Sus facciones más tenían de incorrectas que de clásicas; confusas, sin serenidad ninguna de línea, eran de esas facciones hechas de curvas; la boca, carnosa y golosa con exceso; la nariz, vagamente respingada. Pero era toda rosa, blanca, cereza en los labios, turquesa en los ojos, muy grandes, muy luminosos, muy transparentes; el pelo, de oro claro, rizado, retorcido, sublevándose, escapando en locos rizos de la severidad del peinado y aniñándola más aún, y tenía así una fresca gracia primaveral; y al servicio de aquellos picantes encantos, una gracia suprema de gesto hecha de arrojo, de cándida insolencia y de descoco pueril. El luto que vestía aún, en vez de ensombrecerla, perdía su lobreguez en contacto con las carnes de nieve y coral rosa. Además, ella imprimíale un sello de elegancia personalísima, y mientras la saya de velo de religiosa se ahuecaba como una falda de heroína de Guetier, la pañoleta de gasa negra hacía más cándidos los senos y más blanco el cuello guillotinado por un hilo de cuentas de azabache, y el gran sombrero de crespón sombreaba el rostro, mientras que el larguísimo velo que en señal de luto pendía de uno de los lados se enroscaba al brazo.

Aburrida por la inmovilidad y el silencio, incapaz de estarse quieta, arrancó un tallo de hierba del ramito que, sin respeto a la severidad del atavío, se había prendido al pecho, y pasólo suavemente por el rostro de su primo. Silvio, con cansada displicencia; rechazóla:

—¡Déjame!...

Ella echóse a reir, y preguntó irónica:

—¿Te he hecho daño?

Pero doña O, vigilante, abrió del todo los ojos y reprobó severa:

—Esos juegos no son propios de una señorita bien educada. Es preciso que aprendas a estar con recato y compostura, como

corresponde. El recato es el perfume de la mujer. Por eso en los pueblos pequeños...

Mirándola descaradamente, interrumpió Paloma:

—¡...huelen tal mal!.

Doña O indignóse:

—¡Jesús, Jesús! ¡Válgame Dios que lenguaraz eres!—y encarándose con su cuñada:—¡Pero mujer, tú tienes demasiada debilidad con esta criatura! No sé cómo le permites...

Pero la «criatura», aburrida del sermón, después de sacar la lengua, rosada y puntiaguda como la de los gatos, a su señora tía, miraba por la ventanilla.

Acercábanse al pueblo, y los olivares hacíanse más espesos, y en vez de los viñedos veíanse a entrambos lados del camino huertos de hortalizas, sobre los que se alzaba la alegría pobre de algún árbol frutal. A la izquierda del camino veíase, toda blanca, las paredes enjalbegadas, reverberando deslumbradoras al sol, la estación. En el camino que llevaba a ella, unas casonas muy bajas con tejado rojo, y sobre las puertas, letreros negros, que rezaban: «Gran Merendero», «Vinos y cervezas», «La Madrileña», «Se da de comer». A la puerta de las hosterías, algunas mesas y banquetas pintadas de ocre. Como día de fiesta, unos hombres negros, sucios y fornidos bebían vino en torno de las mesas, y jugaban a las cartas con violentas manotadas y grandes gestos inútiles que hacían tambalearse copas y botellas, y esparcían los naipes grasientos y abarquillados. Mezclada con los bebedores, veíase alguna familia labriega, en que, mientras el padre bebía cachazudamente, la madre, habitualmente una pobre mujer destrozada por el trabajo y la maternidad, repartía entre la prole cosas arbitrarias que extraía de una cazuela. Unos jayanes, la boina echada a la cara, una flor detrás de la oreja, la camisa de albura cegadora abierta sobre el pecho velludo, los riñones oprimidos por la ancha faja azul o roja, el pantalón de pana atado por debajo de las rodillas y los pies calzados con calcetines azules y sandalias de esparto, departían apoyados en las largas varas. Chicas del pueblo—la Rosa, la Casta, la Eulogia, la Cándida, la Marcelina, la Petra—paseaban cogidas por la cintura, y era una viva paleta de amarillo limón, verde manzana, roio cereza, azul

añil, en los refajos y las sayas, para luego hacerse negro en el corpiño y volver al marrón, al naranja, al esmeralda y al morado en los pañuelos de talle.

Dentro de la estación veíase a las señoritas que paseaban aburridas, con sus peinados presuntuosos, sus caras enharinadas de polvos de arroz y sus trajes remedos de las modas madrileñas, malvas, rosas o celestes, entre las que se destacaban una, la de don Abdón, el médico, con hábito del Nazareno. De alguno de los merenderos salían las brincadoras notas de un organillo que tocaba un schotis o una habanera.

María de la Paloma, cautiva en seguida de la misérrima alegría del cuadro, interrogó a su primo:

—¿Son divertidos los bailes? ¿Vienes mucho?

Doña O atajóla con catoniana severidad;

—¡Parece mentira que una señorita educada cristianamente pregunte esas cosas!

Pero la muchacha no se dió por vencida:

—Pues en las Provincias íbamos siempre a ver el baile del pueblo.

Doña O intentó pulverizarla con una mirada:

—Eso es en el norte, donde hay más recato y temor de Dios. Aquí, los bailes son una inmundicia. No viene más que la gente artesana y ni siquiera la del Centro Católico, sino la morralla: lo peor de lo peor.

Pero Paloma, en vez de sentirse anonadada, sonreía pensando en lo mucho que ella podría divertirse entre «lo peor de lo peor».

II

EL FAUNO DE LA ROSA

—¡Ju! ¡Ju!—rió con picaresca grosería Isidro, empujando con el hombro a sus compañeros y guiñando el ojo, mientras miraba socarronamente a *la señorita*, que, balanceando una

pierna fina y bien torneada, moldeada por la media de seda negra, abstraíase en la lectura de un libro. Todos miraron hacia ella con ojos brillantes, en que se agazapaban no sé qué bárbaros deseos. Luego reemprendieron con paso cansino su faena.

Eran seis hombres los que pisaban la uva. Las ásperas pelambreras, revueltas y enmarañadas; las cabezas gachas, los ojos fijos en tierra, y los brazos cruzados sobre el pecho, marchaban, marchaban siempre, en un círculo inacabable, alzando mucho los pies y fijándolos en el suelo con fuerza. Vestían blusillas cortas, negras o azules, anchas fajas de lana obscura y pantalones de pana remangados por encima de las rodillas, dejando al desnudo pie y pierna manchados de mosto. Bajo ellos tendían un tapiz de racimos medio exprimido, del que corría el zumo generoso encharcando el suelo de piedra. Todos tenían un aire humilde y lamentable de siervos de la gleba, pero de siervos que comienzan a poseer una obscura noción del dolor y a sentir incubarse en sus almas sombrías una rebeldía tormentosa. Sólo uno, Isidro, galleaba, destacándose de la confusa masa de esclavos con una petulancia salvaje de joven animal, sano y fuerte. Era más alto que los otros, y, pese al cansancio de la labor ingrata, tomaba posturas jacarandosas y oponía al mutismo sombrío de sus compañeros una verbosidad chocarrera y trivial. Vestía como ellos, pero era más joven, y en el rostro enjuto y moreno brillaban los ojos como ascuas, y de vez en cuando rasgábase la boca en risa sonora que mostraba la dentadura blanca y fuerte. Tras de la oreja, junto al pelo crespo y rizado, habíase colocado una rosa roja, y, mientras caminaba, mordía un racimo verde y jugoso.

Por la cuadrada puerta de la corraliza entraba un torrente de luz que hacía de esmeraldas, peridotas y ópalos, los racimos verdes; de granates y amatistas, los racimos rojos. Después, la luz, según se internaba en la humedad sombría del lagar, apagábase, hacíase mate y opaca y acababa por darse por vencida. Era la de faena una habitación muy grande y baja de techo, con las paredes de tierra y el suelo de grandes losas de piedra. Al fondo veíase la enorme viga que movía la prensa; a la izquierda, una puerta pequeña comunicaba con el cocedero, donde en la penumbra de la enorme cueva adivinábase la monstruosa

panza de las tenajas. Un olor, mezcla de humedad y de mosto en fermentación, llenábalo todo, y hacía casi frío allí en contraste con el calor que se adivinaba fuera en el cuadro todo luz—viñedos tempranos y cocherones con toldos de parras verdes—, que como pintado en un lienzo veíase en el marco de la puerta.

María de la Paloma gustaba de refugiarse en aquel rincón de la soberbia casa de labor, huyendo de la empachosa tertulia de la antesala, en que tía O y mamá Tecla pasaban el día rodeadas de vecinas parlanchinas y chismosas, y del bochorno del jardín, donde la pesadez de los insectos no le dejaban leer.

Sentada en un rincón, las piernas cruzadas al desgaire, sin preocuparse de mostrar las airosas curvas de la pantorrilla, cuello y rostro de mármol en el contraste del fondo sombrío y de las vestiduras negras, la pincelada de oro de la cabellera como un nimbo virginal, leía abstraída, y de vez en cuando alzaba la carita de muñeca y olfateaba el aire con inconsciente voluptuosidad o prestaba atención a los bárbaros coloquios de los faunos, y aun mezclábase en ellos.

Todos aquellos brutos sentían el sortilegio de su presencia allí y un inconsciente deseo que les llevaba a tratar de ser arrojados y graciosos, a querellarse con voces y gestos bruscos por cualquier cosa, y a decir brutalidades con pretensiones de chistes. Ella dábase cuenta del deseo que inspiraba, y, perversa, curiosa de sensaciones fuertes, recreábase en exaltarles más, en desencadenar tormentas, en fomentar rivalidades, con una voluptuosidad de muñequilla que jugase con tigres feroces.

Los primeros días de su estancia en el pueblo, tía O había intentado domarla, llevándola al buen camino, mezclándola con señoritas honestas y jóvenes bien educados. Pero María de la Paloma escandalizaba a las unas, burlábase de los otros, y acababa por escaparse al campo entre los gañanes y las desvergonzadas hembras que con ellos trabajaban. Montaba a caballo, corría como una loca los viñedos, mezclábase en las faenas campestres, y todo su afán era soliviantar a Silvio, haciéndole prisionero de sus perversas coqueterías, y llevar la inquietud y el desasosiego al ánimo de todos los hombres que encontraba en su camino. Entonces tía O, con palabras acres y gestos despectivos, acompañados de sangrientas censuras para la pobre mamá

Tecla, abandonóla por imposible, y limitóse a alejar a Silvio todo lo posible de su perniciosa influencia. Así dejábanle en paz leer horas y horas las abominables novelas traídas de Madrid en la alegre sombra de las parras o en el obscuro recato del lagar.

Aquel día de fines de Septiembre hacía más calor que nunca, y Paloma, medio desnuda, tras de la falda de lanilla y la blusa de gasa que dejaba ver descubiertos busto y cuello, no tenía ganas de leer. Los trabajadores, a su vez, sentíanse más encalabrinados que nunca, y no hacían sino reir, atropellarse y darse grandes empujones entre risotadas. Al fin, Isidro, el fauno de la rosa, como más descarado y entremetido, encaróse con ella:

—¡Vamos, que la calor que estará pasando la señorita!

Encogióse Paloma de hombros:

—¡Sí que hace calor aquí!... Pero el calor es lo de menos; lo peor es el aburrimiento.

El jayán, incapaz de dos ideas a la vez, insistió:

—¡Pues el calor aprieta, aprieta!

Se habían detenido en el trabajo. Los demás mirábanle asombrados de su labia y atrevimiento. ¡Aquel Isidro sí que sabía tratar a las mujeres! ¡Hasta a la señorita de Madrid!

Formaban los cinco una comparsa tan borrosa y esfumada que era difícil distinguirles a los unos de los otros; todos tenían el mismo aspecto humilde y abrutado, la misma torpeza de gesto, igual falta de franqueza en la mirada. Sin embargo, uno era aún peor que sus compañeros; sus ojos bizcos sobrepujábanle en aviesidad; su tez tomaba un tinte verdoso; las greñas, más incultas, apelmazábanse lanosas, sin brillo, y su boca, de labios muy gruesos, tenía una mueca de sensualidad brutal. Además de bajo y vagamente corcorvado, sus piernas flacas se torcían. Era el único que le daba miedo. Cada vez que María de la Paloma sorprendía sus ojos pequeños, redondos y brillantes como los de un simio, fijos en ella; cada vez que al cruzar un prado solitario o al perderse en un callejón del pueblo tropezábale, sentía una impresión de malestar, algo así como si sentada en el suelo viese surgir una víbora a sus pies.

Era el tonto del lugar, el inevitable idiota de todos los pueblos españoles, mofa de rapaces, espanto de zagalas, diversión

de mozos y curiosidad de gentes maduras. Tenía ese misterioso arcano que tienen todos los anormales, esas súbitas clarividencias, esas adivinaciones escalofriantes que hacen de los locos y de los imbéciles una avanzada del más allá. Entre hostilidades y majaderías, decía verdades y sentencias de raro tino. Por caridad, por su miseria, dábanle algunos trabajos de los más rudos, repugnantes y cansados.

Como la muchacha sintiese la mirada del anormal fija en ella nuevamente, experimentó la necesidad de escuchar su propia voz para tranquilizarse, y encaróse con Isidro:

—¡Pues vosotros no tendréis fresco!...

Rióse el bárbaro:

—¡Ju! ¡Ju!... Más quema el sol en las mieses en Agosto; pero «barriga vacía, calienta la noche y refresca el día».

Paloma invitóles, desmoralizadora:

—¿Por qué no descansáis y echáis un cigarro?

Deseándolo, objetó uno:

—Y viene doña O, y sino la Damiana, y mañana a comer a la plaza...

María de la Paloma sacóse del seno una petaquilla de moaré y vermeill con cigarrillos turcos emboquillados de oro; púsose uno entre los labios y ofreció a los trabajadores:

—¡Bah! Estoy yo junto a la puerta y las siento si vienen.

Comenzaron a fumar. El olor a opio de las «Murattis» daba a los brutos una extraña sensación de malestar. El calor, que no sentían mientras trabajaban, ahora, cerca de la hembra—habían formado corro—, que olía a rosas y a ámbar, les atormentaba. Como el silencio pesaba demasiado, Isidro volvió a su tema:

—¡Pues como venga la Damiana, que es una lenguaraza, se lo dice a doña O, y ya podemos ir arreando!

Uno de los siervos aportó un dato más:

—¡Y hoy, que sin permiso de la señora, y como el *Puches* estaba con el tabardillo, «nus» hemos «traío» al *Lanoso*, que «too» el señorío tienen por un «creminal»!...

El gañán de la rosa gastóle una broma grosera al corcovado:

—¡Vamos, que no digas que no! ¡Que fuistes tú el que le retorciste el gañote a la vieja!

El idiota rió:

—¡Ji! ¡Ji!

Uno pelirrojo, con la cara manchada de pecas y el costurón de un navajazo en la mejilla, aclaró los términos:

—¡No, que a quien espabiló fué a la moza «pa» buscarla las vueltas!

El idiota tornó a reir:

—¡Ji! ¡Ji!

Por un momento, la sombra del crimen famoso puso un estremecimiento de frío en la atmósfera.

Era la única tragedia de que se conservaba memoria en el pueblo. Claro que en una población de gran riqueza vinícola como aquella, donde había Casino con su correspondiente timba, elecciones y tabernas, las puñaladas y los golpes abundaban que era una bendición; pero los delitos electorales y las riñas ocasionadas por el vino no contaban, y crimen, verdadero crimen, no hubo más que aquél, «el crimen de la calle de la Presentación». En un extremo de la tal vía, ya casi a la salida del pueblo, vivía en una casucha, rodeada de una empalizada, y que era conocida en el pueblo con el nombre de la *Corralona*, una vieja bruja, avara y medio lela, la tía *Astillas*, en compañía de una mozuca ciega, sobrina suya. Tenía en la comarca, a más de fama de hechicera y dada al trato con el mismísimo demonio—su amor a ciertos animales inmundos, como sapos, buhos, lechuzas, de que, a más de varios gatos maravillosos, de fosforescentes pupilas, guardaba respetable colección, daban verosimilitud a los rumores—, la de rica y avarienta. Ella no se trataba con nadie ni apenas salía a la calle, sino muy de tarde en tarde, para hacer alguna pequeña compra con que cubrir sus modestísimas necesidades, y en esas contadas ocasiones las gentes huíanle por miedo al mal de ojo.

Aunque nadie se interesaba por ellas, como pasaron dos o tres días sin que su puerta se abriese, y ni ella ni la sobrina parecían, y al mismo tiempo un hedor insoportable esparcíase en torno a la choza, y una legión de insectos pululaban en derredor, los vecinos dieron parte y las autoridades acudieron. Cuando descerrajaron la puerta, un cuadro de horror se ofreció a la vista de todos. En medio de la suciedad, el desorden y la mise-

ria más repulsivas, aparecía la vieja ahorcada, pendiente por un trozo de soga de una viga del techo. Estaba en camisa, y por debajo del lienzo sucio y desgarrado aparecían las piernas negras y peludas, tan flacas que parecían dos palos, con los pies retorcidos al final. El rostro era violado, a medio roer por los bichos, y de los ojos vacíos parecía surgir una luz verdosa, mientras por la lengua, morada y seca, se paseaban las hormigas. La cieguecita estaba también muerta en un rincón, atrozmente profanada. Al abrir la puerta, un gato negro, con el pelo erizado, escapó bufante; dos lechuzas lanzaron gritos atroces, mientras en lo alto de un armario un buho permanecía inmóvil, los ojos redondos y derechos. Pronto se estableció que el móvil del crimen había sido el robo, y los autores, unos segadores venidos para la recolección y una mujerona que les acompañaba. La estúpida prodigalidad con que tiraban el dinero denuncióles, la borrachera les hizo irse de la lengua, y, presos, confesáronse pronto; pero la voz popular acusaba también al *Lanoso*; éste, aunque fué preso, como su participación era problemática y su idiotez circunstancia absolvente, echáronle a la calle.

La chiquilla quiso disipar la glaciedad y rompió a reir alocada:

—¡Pues no debe de ser malo el oficio! ¡A mí me encantaría andar sobre las uvas con los pies descalzos!

Isidro, súbitamente afinado, hizo un madrigal digno de un árabe andaluz:

—¡Tan rechiquitines, no podría pisar más que una uva por vez!

El idiota rió:

—¡Ji! ¡Ji!

Y el pelirrojo:

—¡Daño se haría la señorita!

María de la Paloma miróles picaresca, desafiadora:

—¡Bah! ¡Puede que sirva mejor que vosotros!

Y como en sus miradas creyese leer una duda irónica, descalzóse. De la sedeña prisión de las medias surgieron los pies inverosímiles, blancos y frágiles como azucenas. De un salto púsose en pie, y corrió chapoteando en el mosto con una mueca de

frío, y al fin comenzó a marchar sobre los racimos apiñados en el suelo.

Los patanes, sin esperar a que ella les invitase, habían imitado su ejemplo, y caminaban a su lado con su paso rítmico. Pero, inconscientemente, con una malicia rudimentaria y brutal, frotábanse contra ella, aspirando con fruición el aroma a rosas frescas, empujábanla, estrujábanla, aparentaban tropezar para darle encontronazos, y reían siempre:

—¡Ju! ¡Ju!

María de la Paloma sentía una voluptuosidad malsana; el frío de las uvas, el ardoroso aliento de los bárbaros, el fuego de las miradas que se clavaban en ella anhelantes, el olor fuerte a macho que exhalaban, los gestos bruscos, torpes, contenidos, dábanle una deliciosa sensación de peligro. Al mismo tiempo, los racimos, ya secos y exprimidos, clavábanseĺe en los pies, pinchándola con una impresión que no sabía si era de dolor o de placer.

Saltó fuera del raro tapiz:

—¡Vaya, se acabó por hoy!

Miráronla ellos con sentimiento; sentada en la única silla, la albura de los pies, estriada de amatistas y rubíes, buscaba algo con qué secarse.

Isidro, galante, se quitó la blusa y se la ofreció. Pero ella, en vez de tomarla, tendióle el pie con malévola coquetería. Arrodillóse él, y comenzó a secar el blanco piececito con la dulzura con que un oso acariciaría a una gata. Al mismo tiempo, el *Lanoso* acudía a buscar el otro pie con un gesto desconfiado de perro que espera un golpe. Ella le dejó hacer.

Habían acabado, e incorporados, anhelantes, la observaban aún, cuando sonó la voz de Silvio:

—¡Paloma! Te andaba buscando. ¿Vienes al jardín?

Contemplóle ella. Estaba densamente pálido, y los ojos verdes tenían un mirar de agonía en el fondo de las ojeras violetas, mientras la boca se contraía de angustia. Sintió lástima:

—¡Vamos allá!

Y cogiéndole de la mano, salió con él.

III

LA ESCENA ROMANTICA

Después del sol implacable de la corraliza, al trasponer la verja baja, pintada de verde, flanqueada de dos redondas columnas de granito con jarrones al gusto del siglo XVIII encima, y abrumada de plantas trepadoras, una sensación de frescura deliciosa les envolvió en su caricia.

El jardín tenía una gracia cándida, casi monacal. Bajo la sombra grata y cordial de las viejas acacias, que alternaban con las higueras de retorcidos troncos, abríanse las calles irregulares, cercenadas por la osadía de las plantas parásitas que lo invadían todo; rosales silvestres, cargados de rosas fragantes en un último alarde de pompas veraniegas, alternaban con hortensias, y de vez en cuando se abrían para dejar una pequeña plazoleta a la aterciopelada púrpura de los geranios, entre los que surgían frondosas largas *hierbas de plata*, coronadas por los albos plumeros. Al fondo veíase una plazoleta de sauces que lloraban sus ramas sobre el sortilegio de una fuente medio cubierta por los líquenes. Y detrás, como visión profana del jardín de Armida después del místico vergel de Teresa de Jesús, la suntuosidad sensual de los granados cargados de frutos de oro que se rasgaban en heridas de rubíes.

Los dos adolescentes caminaron silenciosos por las veredas en que volaban las mariposas blancas y las lagartijas tornasoladas tomaban el sol, y llegaron junto a la fontana. Sentáronse.

La gracia toda luz de Paloma contrastaba con la melancolía del joven príncipe embrujado de Silvio. Ella vencía la tristeza de las ropas negras, y con una flor en el pecho hacía de ellas un ensueño primaveral; él, por el contrario, dejábase vencer por el luto, y su faz y sus manos eran más cerúleas, y en los ojos dormía el verde maleficio de las viejas lagunas ocultas en las grutas encantadas.

Un rosal blanco, todo en flor, deshojábase sin causa, lentamente, en un nevar de pétalos, y una abeja de oro zumbaba libando miel de flor en flor.

Súbitamente, Silvio rompió el silencio:

—María de la Paloma, ¿por qué eres así?

Ella miróle un segundo, fluctuando entre asombrarse y tomarlo a broma. Al fin soltó el fresco chorro de sus risas:

—¿Vas a hacerle la competencia a tía O?

Pero él no quiso seguirla por el camino de las farsas, y reprochóla dulcemente:

—¡Bien sabes que no es lo mismo! Mamá, en el fondo, le es igual, pero tiene el culto de las buenas formas; es severa y fanática, mientras que yo...

Con femenil malignidad buscó Paloma la confesión:

—¿Mientras que tú...?

En voz tan leve que no era más que un soplo, afirmó él:

—¡Yo te quiero, María de la Paloma!...

El rostro habíasele empurpurado, y sus ojos miraban tercamente al suelo.

Aparentó la muchacha no comprender, deseando obligarle a ser más explícito:

—Bueno, ya sé que me quieres; claro que no mucho, porque apenas me has visto; pero, en fin, algo sí...; al fin y al cabo es natural entre primos, pero tía O también me quiere.

Esta vez alzó Silvio los ojos, y plantólos valientemente en los de su prima:

—¡Pero yo te quiero de otro modo!

Contenta de haberle arrancado por fin aquella confesión, habló ella con voz que era una caricia:

—Sí, creo que me quieres, pero un poco... ¡Cómo vas a saber aquí, pegado a las faldas de tía O, lo que es querer! Hubieras querido lo mismo a otra mujer cualquiera que hubiese venido, rubia o morena, alta o baja... ¡Los que estáis encerrados así sois muy enamoradizos!...

Había tomado un aire serio que la iba muy bien. En la sombra llena de luz del jardín, toda blanca y rosa, con translúcidas irisaciones de nácar, aureolada por el oro de la cabellera loca, los ojos de turquesa y los labios de coral, estaba bella, in-

finitamente bella, con una de esas bellezas reverberadoras que parecen envolver a las mujeres que las poseen en un vaho de voluptuosidad.

Pero, contra lo que ella esperaba, el chiquillo no se arredró, sino que, al contrario, comenzó a hablar con voz cálida empañada de ternura:

—No hace falta aprender en el mundo, lleno de pecados y de abrojos, para saber lo que es amar; para quererte, María de la Paloma, no he necesitado más que dejar cantar mi corazón. Yo no sabía más que de dos amores, Palomita: mamá y la Virgen. Y cuando te he visto a ti he sentido la dulce emoción, la alegría, la ternura que sentía en el colegio cuando en el mes de Mayo hacíamos las Flores de María, y entre rosas y nubes de incienso veía aparecer la imagen de la Virgen. ¡Si vieses cuántas veces he llorado en la capilla al escuchar las notas del órgano! ¡Si vieses cuántas veces he soñado en ti! ¡Mi alma estaba triste como la noche cuando te vió y se llenó de gozo! ¡Tú eres la rosa mística, la paloma blanca, la estrella de la mañana!

En la conventual dulzura del huerto en flor, la amorosa letanía, que era cándida y ardorosa como el alma del niño, y olía a incienso y a cera como la capilla del colegio, tenía la gracia rígida del manto de Nuestra Señora y el aroma sensual de las rosas que se mustiaban a sus pies. Era aquella letanía como los versos llenos de místico deliquio de los áridos santos españoles que se abrasaron de amor.

María de la Paloma turbábase, y, poco a poco, un misterioso anhelo cautivaba su alma. Pero pudo más la frivolidad, y tras contemplar a su primo con atención, gorjeó risueña:

—¡Eres divino! ¡Me estás recitando la letanía!

Los ojos del chiquillo fijáronse en ella con reproche infinito; sus labios se crisparon en una mueca de angustia, y rompió a llorar.

Al ver el efecto de sus burlas, ella sintió una ola de compasión arrastrarla, e inclinándose hacia el primo, acarició le los rizos de ébano. Después fuéle atrayendo a ella hasta hacerle reposar la cabeza sobre su pecho. Hablóle con mimosa ternura:

—¡Pobrecito nene romántico! ¡Vamos, no llores así! ¡Si te quiero la mar, primito! ¡Verás tú qué felices vamos a ser!

Lloraba él silenciosamente, sin muecas que descompusieran la serenidad del rostro, dejando resbalar las lágrimas a lo largo de las mejillas enjutas y pálidas. Y empezó a hablar. Fuéla diciendo de su amor inmenso, de la ternura que llenaba su corazón, de sus tristezas de colegial en que no había más consuelo que un volar sin límite hacia el místico ensueño de liberación, de su contento al verla; díjola de las suavísimas emociones que agitaron su alma desde la llegada de ella...

Paloma escuchóle embelasada; después acercó el rostro al del chiquillo, y buscó sus labios en un beso largo, contenido, apasionado.

Sonó la voz de doña O como la voz de Dios en el Paraíso:

—¡Silvio, Silvio! ¿Dónde te has metido?

La muchacha secóle las lágrimas rápidamente, y empujándole, murmuró en voz baja:

—¡Ve!

IV

LAS VENDIMIAS

Como un cortejo báquico regresaban por la carretera polvorienta los carros cargados con las cubetas llenas de uva. Sobre los serones, algunas mujeres venían tumbadas, mordisqueando los racimos y cambiando bromas subidas de color con los jayanes que rodeaban los vehículos. Eran hembras de suelta lengua y desenvueltos ademanes de faunesas; hembras mercenarias que venían con los hombres para las vendimias y para la siega, que eran sus barraganas, compartían hambres y fatigas, y hacían su lecho nupcial en los trigales rubios o entre los pámpanos de esmeralda; hembras aventureras que habían pululado en los suburbios de las grandes ciudades o se habían escapado

de sus hogares honrados para correr los caminos con los gañanes y revolcarse con ellos a la luz de la luna.

Había unas cuantas guapas, con la belleza bárbara y exasperadora que debieron de poseer las bacantes. Tenían la piel morena, dorada por el sol de todo el estío; los ojos negros, grandes y brillantes, y las bocas rojas y húmedas. Entre los cabellos, despeinados, ostentaban flores rojas, y el cuerpo, duro y elástico, ignorante de la prisión del corsé, moldeábase lascivamente bajo las ligeras blusillas blancas y las livianas faldas de percal teñidas de vivísimos colorines. Casi todas llevaban los brazos desnudos y los pies descalzos, y rodeaban su cuello con pañuelillos de rabiosos tonos, en que dominaba el verde, la púrpura y el naranja. Las más eran feas, resquebrajada la piel por la vida a la intemperie, deshecho el cuerpo por las rudas faenas, apagados los ojos por la insaciable bestialidad de la vida animal.

Hablaban poco, con palabras premiosas y confusas, dotadas de un doble sentido de cábala salvaje, la intención que ellas las ponían y que no eran su verdadero significado, sino el que la música de la pronunciación evocaba en su oído primitivo, y reían mucho, con groseras risotadas, que la comunidad de gustos por el tabaco y el aguardiente hacía iguales a las de los hombres.

Venían éstos a pie, rodeando los carros y retozando con las mujeres, que les arrojaban racimos de vid, exagerando la diversión para exasperar a los pacíficos obreros indígenas, que, honrados y con el santo temor de Dios, sentían odio profundo por los intrusos traídos al azar de las rudas labores estivales, y que, rompiendo la monotonía serena de la pueblerina existencia, se emborrachaban, chillaban, alborotaban a las altas horas de la noche y escandalizaban con sus amores turbulentos a las castas gentes del lugar.

Eran los hombres todos del mismo tipo, en una escala ascendente: desde el rapaz moreno de rizadas greñas y ojos de fuego, que tras las fatigas del trabajo aun volvía brincando por los caminos, hasta los viejos de ásperas cerdas entrecanas, boca hundida y dura mandíbula, que tenía en sus gestos la ruda incoherencia de los antiguos forzados a galera, pasando por los mozos petulantes, agresivos, matones, enamoradizos, borrachos y obscenos.

Al caminar de las mulas flacas y desmedradas, al través de cuyos pellejos, comidos de mataduras y costurones, marcábase lamentable la osamenta, las carretas se bamboleaban en los baches del camino, atascábanse, arrancaban con trabajo, incliná-banse a un lado y otro, entre la música de risas y dicharachos de faunos y faunesas y los iracundos apóstrofes, las tremendas blasfemias y los restallantes fustazos de los carreteros.

El paisaje tenía una dulzura geórgica, y el anochecer entero era como una divina égloga. Bajo el cielo, muy pálido, pintado de cobre al poniente, tendíanse los viñedos verdes que el otoño comenzaba a manchar de orfebrerías de oro. Entre la pompa pagana de las vides destacábanse melancólicas las siluetas bíblicas de los olivos plateados; al fondo, sobre leve colina ocre, los blancos tapiales de un convento de monjas, y, por fin, al horizonte, la geológica hostilidad de unas montañas rocosas, que eran como pesadilla agorera en la paz de una Arcadia feliz.

Encaramada en lo más alto de uno de los carros, toda rosa por el calor del día campesino, por la agitación del largo paseo al través de los viñedos y por la nerviosa alegría que le retozaba en el cuerpo, venía Paloma. El trajecillo de luto que la severidad de tía O no le dejaba quitarse hacía aún más dorada la aureola de cabellos rubios y más azules las turquesas de los ojos. Junto a ella, muy pálido, muy frágil y muy triste, con su aspecto dolorido de embrujado príncipe español, venía Silvio. En el estribo habíase encaramado, grotesco y repulsivo, el *Lanoso*, que con sus ojos turbios y rijosos miraba uno de los pies de la muchacha. Alrededor de la carreta, los jayanes, presididos por Isidro, bromeaban a empellones y reían con toscas risotadas. Mezcladas con ellos, la Narcisa, la Emilia y la Juliana murmuraban groserías en voz baja, poseídas de sorda hostilidad por la señorita que venía a robarles sus galanes.

Pese a los aspavientos de tía O, María de la Paloma bajaba frecuentemente al campo, encontrando una vaga voluptuosidad en el contraste entre su endeble belleza de muñeca y la rudeza bárbara de aquella vida primitiva. Disculpábase con el aburrimiento, con la necesidad de hacer algo en la monotonía de la vida del pueblo; pero en el fondo sentía una curiosidad malsana, un deseo inconfesable de rozarse contra los brutos, de sen-

tirles temblar de pasión en torno a ella, de verles acechantes como animales feroces y de olfatear el impulso acre y rudo que su presencia despertaba en ellos: algo así como la fiebre que arrastrara a las princesas de la decadencia romana a, en las altas horas de la madrugada, salir en busca de los mercenarios.

Mamá Tecla, tía O y Silvio se engañaban atribuyendo aquella pasión, por la tosquedad violenta de las labores campesinas, al tedio; los hombres no analizaban, limitándose a sentir el magnético efluvio de voluptuosidad que se desprendía de ella y a rondarla silenciosamente como los lobos hambrientos rondarían una cordera blanca; pero las hembras, como más pobres y miserables, y también como celosas, sentían odio por aquella intrusa, quebradiza como una porcelana, fragante como un rosal en flor, que les robaba la atención de *sus hombres*. Como era *la señorita*, ninguna atrevíase a exteriorizar su odio; pero, por la misma obligación en que estaban de ocultarlo, agigantábase, crecía y, sin poderlo ellas mismas remediar, estallaba en mil pequeños lances, que luego costábales tremendas palizas por parte de los varones, palizas que aguantaban sumisas, pero que iban a aumentar la reserva de aversión.

Isidro era el preferido de la alocada virgen. Toda la tarde había vagado en derredor como una mariposa frívola y leve. El, ni ojos ni palabras tuvo sino para *la señorita*. Y la Narcisa, que ya se lo había sentido robar por la *Nazarena*, la bailaora del «Café del Oro», veíalo perdido definitivamente en su vanidad conquistadora de gallo de corral ante aquella nueva gallina de irisadas plumas.

Queríale ella con salvaje amor, sin alambicados sentimentalismos, pero todo deseo, humildad y pasivo sacrificio. A ella no le importaba que el jayán la maltratase, que le robase su mísero jornal, que se comiese las buenas tajadas y a ella le dejase la bazofia como a un perro; todo lo daba por bien empleado con tal de que luego la tomase y entre brutalidades se deslizase el regalo de una caricia. Pero que la abandonase, no. Ya en Avila aquel verano, y habiendo él conocido a la *Nazarena* en un cafetucho del barrio de las Vacas, había empezado a sufrir de su desvío y unos celos furiosos a desgarrarle el pecho; pero, en fin... Mas ahora adivinaba que el bruto estaba domado,

que la muñequilla endeble podía más que él, y que con una sonrisa lograba dominarlo.

María de la Paloma no abandonaba su coquetería. Desde lo alto del carro arrojaba granos de uva a Isidro, que, muy negro, el marfil de los dientes rasgando el moreno dorado del rostro, la rosa tras la oreja, como siempre, saltaba para alcanzar los granos de esmeralda, que casi nunca lograba coger.

La Narcisa caminaba detrás, la cabeza hundida en el pecho y en los ojos un avieso mirar de odio, mientras que rumiaba sordas imprecaciones.

Un zagal daba al aire una copla, y los gorjeos patéticos temblaban de pasión en la maravillosa limpidez del aire:

«Entre cuatro la llevaban
camino del camposanto:
entre cuatro se llevaban
la rosa que quise tanto.»

Súbitamente, la chiquilla, incapaz de estarse quieta, tendió una mano al fauno de la rosa:

—¡Qué calor; ¡Mira cómo tengo las manos!... Además, estoy ahogada de sed.

El rió:

—¡Ju! ¡Ju! ¡Pues lo que es agua! ¡Hasta en llegando al pueblo!... ¡Como no quiera un trago de vino!

Después, medio en broma, medio en veras, buscó la bota, casi vacía, y se la ofreció con un gesto jocosamente báquico, digno del cortejo que conquistó la India.

—¿Gusta la señorita?

El *Lanoso* afirmó convencido:

—¡Que no «pué» la señorita ni resistir un trago, «amos»!

Las mujeres hiciéronle coro:

—¡Que «tié» la garganta «mu» fina!

—¡De terciopelo!

—¡Que con el mosto «colorao» se «ajoga»!

La Narcisa, contenta de mostrar su superioridad en algo sobre la intrusa, arrebató la bota a su amante, y echó un largo trago. Después devolvióselа, y limpiándose la boca con el dorso de la mano, murmuró triunfal:

—¡«Asín»!

Pero Paloma, comprendiendo el desafío, osada, tendió las manos a Isidro:

—¡Trae aquí!

Curiosos, llenos de esa expectación un poco hostil de la gente ruda cuando alguien con apariencias de delicado rivaliza con ellos, rodeáronla todos.

Alzó el pellejo en alto, y el chorro rojo cayó en la boca; pero como no tenía costumbre de beber así, atragantóse, y algunas gotas de rubí resbalaron por la nieve del cuello. Devolviósela al jayán, y murmuró casi avergonzada:

—¡Nada, que no sé!

Reían todos: los hombres, muy divertidos, sintiendo acrecentarse su ternura sensual por la muñeca bonita; las mujeres, hostiles, contentas de chafarla ante los galanes; la Narcisa, sin disimular su maligno goce.

Pero la nena buscaba algo con que limpiarse las manos; su pañuelo estaba todo mojado, Silvio no tenía ninguno consigo y, perpleja, miró a todas partes.

Isidro vió la vacilación, y arrancándose la boina, acercóse a ella, brindándole la revuelta pelambre como servilleta:

—Límpiese aquí la señorita, que como limpio sí que está limpio, que bien lo friego.

Ella, riendo, iba a complacerle; pero la Narcisa interpúsose, y ofreció su delantal, mientras disimulaba sus celos con la risa:

—¡Quita de ahí, hombre, y no seas guarro! ¡Vaya una toalla «pa» la señorita!

Miróla él rabioso, y súbitamente, en escape de ira, dióle un empellón que la hizo rodar por el polvo, y volvió triunfal, con aires de macho victorioso:

—¡«Pa» que aprendas a meterte en lo que no te importa!

Pero la arpía se alzaba furiosa del suelo y aproximábase a él vomitando injurias:

—¡Ladrón, cochino, que así me pagas lo que te he «querío» y así agradeces el pan que te he «dao»! ¡Mal «nacío», ingrato, que eres más perro que los perros! ¡Y «tóo» por una cochina señorita que para adentro se está riendo de ti! ¡Burro, más que

burro, que no comprendes que no te quiere más que como juguete «pa» pasar el rato, y luego, si te vi no me acuerdo!

Pero, como si un resorte interno se hubiese roto, detúvose en su ira, y rompió a llorar con desconsuelo:

—¡Ay, madre mía de mi alma, ay! ¡Y yo que lo quiero, que lo quiero, que lo quiero!

María de la Paloma sintió lástima de ella, y echó todo á broma:

—Vaya, mujer, que no tomas tú poco a pecho las cosas. Estate en paz, que no te quito el novio...—Y dispuesta a seguir la guasa hasta el fin:—Si yo tengo el mío, míralo aquí—y señalaba al *Lanoso*—; este es mi novio.

Él rió idiotamente:

—¡Ji! ¡Ji!

María de la Paloma acaricióle las greñas:

—¿Verdad que tú eres mi novio?

Los ojos del imbécil relampaguearon de gusto:

—¡Ji! ¡Ji!

Pero como una Euménide, rugió la Emilia:

—¿Su novio éste? ¡No, señora, que se le vaya quitando de la cabeza! Este «pa» quien se peina es «pa» mí, ¿estamos?... ¡Su novio! ¡Pues me gusta! ¡Como si no hubiese más que ser una señorita lamida de Madrid y venir aquí a quitarle el bien a los demás! No, señora, no. Su novio será el niño de alfeñique que parece talmente un faldero, pero éstos son «mu» hombres «pa» usted...

Hubo un silencio penoso.

Atardecía, y en la paz campesina tañía una campana.

V

EL CRISTO DE LA MORTAJA

—¡Que en cenando vendrá don Serapio a rezar el Santo Rosario!

La figura clásicamente pueblerina de la Damiana, con su vientre enorme, sobre el que descansaban cruzadas las manos negras y sarmentosas; su pecho hundido, y la cabeza de paleta con el pelo blancogris partido por la raya central y reunido en dos rodetes sobre las sienes, desapareció, y otra vez reinó el silencio en la sala.

Una tristeza cálida y pesada parecía abrumarles a todos. La claridad amarilla de los dos cirios que ardían ante la imagen de Nuestro Señor Crucificado vencía la débil luz del quinqué de aceite, en torno del que cosían las damas; trazaba sombras temblorosas sobre el papel grisobscuro que servía de fondo a algunos bituminosos cuadros de santos, y plegaba misteriosamente los cortinajes de damasco granate. En la pared central, el altar ponía su nota trágica con los dos altos cirios y el Cristo que se retorcía en una horrenda agonía bajo la leve mortaja de lana gris que dejaba al descubierto tan sólo pies y manos ensangrentados y atravesados por puntiagudo clavo, y el rostro demacrado, contraído en una mueca de espantoso sufrimiento. Era aquél el «Señor de la Mortaja», el que presidía la asociación de damas piadosas, establecida para asistir a los condenados en capilla y vestirles después de ejecutados. Un olor angustioso, ese olor a telas de luto y limpieza sucia de los duelos provincianos y los conventos de monjas, flotaba en la atmósfera, haciendo la sensación aun más penosa.

Ocho o diez bultos negros, envueltos en largos mantos de lana o arropados en toquillas, rodeaban, sentados en sillas bajas que contribuían a borrar los contornos aun más confu-

sos y vagos, a doña O, la presidenta. Eran la mayoría mujeres viejas ya, y en el claroscuro de las luces fúnebres veíanse rostros de color malsano, puntiagudos y amarillentos con hocicos de ratón; caras alargadas, biliosas, en que se abrían negras bocas desdentadas y ojos de pájaro asustado, rojos, pitañosos y sin cejas ni pestañas; faces redondas, blanduzcas y blancuzcas, con grandes mofletes y ojillos tan pequeños que apenas se veían en el desbordamiento de adiposidades; caras de pajarraco, de vaca, de caballo: una lamentable exhibición de brujas, que recordaban las que Goya pintara en los aquelarres de sus aguafuertes.

Y entre las manos de los monstruos, más trágica así, veíase una mortaja de lana gris que cosían apresuradamente, mascullando oraciones o rumiando chismes.

El espanto del crimen, el horror de la hora trágica en que sus almas pusilánimes se estremecieron con las peripecias y detalles del obscuro drama pueblerino, parecía pesar otra vez sobre ellas.

Habían seguido anhelantes, con curiosidad malsana, los trámites del proceso; habían graznado pidiendo que la justicia fuera implacable con los criminales, estremecidas con un miedo casi personal, como si sus pellejos peligrasen mientras la mano de la Justicia no hiciera un escarmiento; pero, ya seguras de que los infames no escaparían, sentían una piedad muy melosa, muy convencional, e imploraban de los Poderes que les evitasen un día de luto; y, por fin, al saber a los condenados en capilla, preparábanles una buena muerte, cosa que no dejaba de ser un descargo para su conciencia.

Llegaba doña Dorotea. Pequeña, fea, contrahecha, las sienes calvas y la nariz penduliforme, era un prestigio allí. Presidenta de la Cofradía de la Virgen, las damas respetábanla profundamente. Ella era la que llevaba la voz cantante en las campañas de moral; ella la que perseguía implacablemente a las compañías teatrales que se dejaban caer por el pueblo, la que anatematizaba cupletistas y bailarinas; ella la que iniciara la campaña contra el «Café del Oro», que si bien era verdad que no había servido de nada, pues el establecimiento seguía abierto, culpa era de aquellos inmundos liberalotes que mandaban ahora, pues en cuanto subiese su marido... ¡Ya podía «la Porro-

na» y todas aquellas mujerotas que tenía con ella irse a pervertir hombres a otra parte!

Cambió algunas palabras con la Damiana antes de entrar, y luego avanzó hasta el centro del salón. Todos los ojos fijáronse en ella con una muda interrogación. Doña Dorotea sentóse, arreglóse la esclavina de crochet, y luego, con un gesto banal de falsa compunción, suspiró:

—¡No hay remedio!... ¡Mañana los ahorcan!... Dice mi marido que la bestialidad del crimen aleja toda compasión, que hace falta un castigo ejemplar, porque si no, no se sabe dónde íbamos a llegar... Nadie estaría seguro...

Doña Cruz, una mujercita menuda, con larguísima nariz de pelícano y ojos asustados, interrogó con vocecilla chillona que chirriaba como un cerrojo mohoso:

—¿Y tan siquiera se há confesado esa mujerota?

La recién llegada rió sarcástica:

—¿Quién, la *Cerdosa*?... ¡Sí, sí, buena confesión nos dé Dios! ¡No hace más que echar blasfemias por esa bocaza de infierno!

Santiguáronse todas. Por un momento, un terror supersticioso estremióles, y no se oyeron más que oraciones y jaculatorias «para que el Señor nos dé una buena muerte».

La primera en reanudar la conversación fué doña Dorotea:

—¿Cómo quieren ustedes que Dios les ilumine si no han tenido nunca religión, si se han criado y han vivido como fieras, amontonados?... Es mi tema: sin religión y sin moral no hay conducta...—Y prosiguió, exaltándose gradualmente:—Pero, señor, si aquí mismo, en el pueblo, hay un caso que debía de hacer que se nos cayese la cara de vergüenza... ¡Ahí tienen ustedes ese cafetucho, el de la *Porrona*, que es un baldón!... ¡Pues y lo que ha pasado hoy! Si es para perder la paciencia, si clama al cielo... Al saber que los reos estaban en capilla, mandé recado al «Café de la Victoria» y al de la «Libertad» para que cerrasen, pues no era de bien nacidos divertirse cuanmedo esos infelices estaban con el dogal al cuello; éstos me hicieron caso, pero la otra... ¡sí, sí, caso!... ¡Quieren ustedes creer que se me insolentó con la chica, y que la dijo que así

nos ahorcaran a todas, que aquel día iba ella a poner colgaduras!...

Santiguáronse las devotas, abrumadas por la insolencia de la proxeneta.

Doña Visitación, una dama alta y flaca, con perfil de espada y ojos llorones, murmuró:

—¡Sí que es mucha vergüenza el tal café!

Fuerte en su tema la enemiga del antro flamenco, afirmó:

—Diga usted que es un ludibrio, y dirá mucha verdad con ello.

Doña Irene, bajita, vivaracha, alzando la nariz, larga y movible como la trompa de un elefante, comenzó a hacer aspavientos:

—Creo que es un asco, un asco. Lleno de unas mujerotas descocadas que enseñan las piernas—. Y púdica, se bajaba las faldas sobre las zapatillas de alfombra.

Doña O creyó llegado el momento de dar su opinión autorizada:

—La culpa la tienen los hombres, que son unos cerdos y van allí.

Pero Circuncisión, madre de unos tagarotes que se emborrachaban, apedreaban faroles, mataban gatos y perseguían mozas, salió a la defensa del sexo fuerte:

—No va nadie del pueblo. La parroquia es de toda esa gente forastera: tratantes en vinos y ganados, carreteros, pisadores y segadores, hombres sin fuero ni ley, sin religión...

María de la Paloma, sentada en una sillita, aburrida, escuchaba con atención creciente ahora. El «Café del Oro» era una de sus curiosidades. A fuerza de oír mentarle con hiperbólicos aspavientos, acababa por convertirse en una especie de árbol de la ciencia del bien y del mal. Los jayanes hablaban de él como de mahometano paraíso; las damas como de antro infernal, y la chiquilla sentía su inquietud crecer hasta la fiebre.

Desde la escena del jardín con su primo, la vida de María de la Paloma se había rasgado en dos pedazos; de una parte sentía una ternura infinita por Silvio, un cariño protector, casi maternal. Además, la dulce poesía de aquel idilio cándido, casi infantil, perfumado de rosas y de incienso, le cautivaba. De la

otra, una curiosidad malsana, una voluptuosidad casi enfermiza de bordear el pèligro haciale rozarse con los jayanes, jugar con ellos como un niño jugaría con un tigre dormido, azuzarles, soliviantarles, exasperarles, para luego dominarles con una mirada o con un gesto.

Dos eran sus adoradores en el drama bárbaro que se incubaba lentamente: el *Lanoso* e Isidro. El idiota seguíala de lejos, acechábala, observábala con los ojos aviesos entornados, los labios secos y las manos temblorosas; y cuando ella, sintiendo el malestar de aquel deseo que le envolvía como un efluvio magnético, interrogábale para, oyendo su propia voz, romper la brujería, el imbécil reíase simplemente:—¡Ji! ¡Ji!—En cuanto al fauno de la rosa, su cortejo era salvaje también, pero con una ruda poesía que no carecía de magia. No atreviéndose a hacerla el amor descaradamente, aventurábase en alguna ruda galantería, con algún encontronazo que revestía las apariencias de casual, y como elementos de conversación contábala las juergas que corría en el «Café del Oro», y fanfarroneaba de sus éxitos con las hembras: «Si él estaba trabajando allí era por gusto, por no estar mano sobre mano todo el día, porque él tenía su querida, la *Nazarena*, que bailaba «como los mismos ángeles», y que ahora estaba volviendo loco a todo el pueblo con sus piruetas en casa de la *Porrona*. ¡Y que era una mujer hasta allí! Cuando ella acabase su contrata se iban a Madrid, donde él iba a ser torero».

Paloma escuchaba con apasionada curiosidad, y al son de sus palabras, como de un pandero endemoniado, escenas confusas de una sensualidad plebeya y misteriosas se esbozaban en su imaginación. Y como un día medio en broma el fauno le invitase a ir al café, sonrió ambigua:—¿Y por qué no? ¡El día menos pensado me tenéis allí!—Y desde entonces deseó escaparse. ¿Cómo sería el café? Ella se lo figuraba como ciertas aguafuertes de flamenquismo convencional que viera en revistas y exposiciones, una cosa hecha de claroscuros, de figuras serpenteantes, de contrastes violentos de arte y de grosería.

Pero el mosconear de las conversaciones no le dejaban abstraerse en sus evocaciones. Doña Dorotea anunciaba implacable:

—El día que manden los de mi marido...

Entró el señor cura, flaco, verdoso y con la sotana llena de manchas de grasa. Todas se pusieron en pie. La muchacha aprovechó la coyuntura para marcharse:

—Tía O, yo me voy a mi cuarto a leer un rato y a acostarme luego.

La dama miróla con severidad despectiva:

—Haz lo que quieras. ¡Si tu madre te deja!... ¡Más valía que estuvieses haciendo examen de conciencia para confesarte mañana como tu primo!

Paloma encogióse de hombros, y sin decir palabra salió al amplio zaguán, sumido en las tinieblas. De allí arrancaba la escalera de piedra, de peldaños anchos y bajos, y arriba veíase una gran vidriera por donde entraba la claridad de la luna. A media escalera, una idea descabellada la detuvo. ¿Y por qué no? Rápidamente, sin meter ruido, acabó de subir; cruzó las galerías del claustro, que daban sobre un patio enorme todo entoldado de parras, que dejaban filtrarse la luna hasta una fontana silenciosa, donde se miraba como en un espejo encantado, y llegando al cuarto de su primo deslizóse dentro.

Arrodillado ante el lecho, los brazos sobre la albura de las ropas y entre los brazos la cabeza de cabellos de ébano como un San Luis Gonzaga, Silvio, oraba ante la imagen de la Virgen.

Acercóse a él, y posando la mano sobre su cabellera, murmuró:

—¡Silvio!

Alzóse él sobresaltado, pero al verla sonrióla:

—¿Qué quieres?

Rápida, siempre en voz muy baja, díjole sus absurdos proyectos. Negóse enérgico. ¡Nunca, nunca! Pero ella insistía mimosa y perversa; le acariciaba, se enfadaba, reía, hacía mimos; al fin, como él no cedía, afirmó resuelta:

—¡Iré sola!

Ante aquello, alarmado del peligro que podría correr, cedió. ¿Pero cómo salir? Paloma dió la solución. Por la puertecilla del lagar. Nadie pensaba en ella, y se llevarían la llave. Les creerían dormidos. Y metíale prisa: —¡Anda, pronto, pronto!—Trató aún de resistir; pero al ver que era inútil empeño, cedió, y

como dos fantasmas deslizáronse por los claustros llenos de luna.

VI

«LA NAZARENA» Y «LA MARTIRIO»

Abríase primero una puerta de cristales esmerilados, donde, «a estilo de Madrid», aparecía escrito en letras negras: «Gran Café del Oro. Escogido cuadro flamenco. «La Nazarena». «La Martirio». «El Chato de Ronda». «El Ecijano». Bailes nacionales y extranjeros. Concierto de guitarra. Café, 20 céntimos». Bajábanse después tres escalones más, y tropezábase con otra puerta, ésta con los vidrios cubiertos por cortinas de percal rojo, y al fin se hallaba uno en el recinto del café. Más que local para tales usos era una cueva o cuadra, que en otro tiempo estuvo dedicada a la fabricación de pellejos. Pero la *Niña Lola*, como le llamaban sus deudos; la *Porrona*, como groseramente le nombraban en el pueblo, había hecho maravillas, y las paredes, de yeso, ennegrecidas por la porquería y la humedad, habían desaparecido bajo un papel verde con paisajes de colorines, traído de la corte, y a su vez semicubierto por las grandes y apaisadas lunas de los espejos. El suelo de tierra habíase ocultado bajo un entarimado que la dueña hizo pintar y encerar, y a los humosos velones sucedió el brillo de las lámparas eléctricas. Además de espejos, aparatos de luz y una sombrilla japonesa que pendía del techo, constituían el ajuar unas cuantas mesas de mármol, un diván de terciopelo turquí, que corría alrededor de la habitación, el mostrador, pintado de blanco y coronado por alto anaquel, en que lucían policromas botellas de misteriosos licores; un cartel de toros de los tiempos del *Bomba* y el *Machaco*, y un trofeo taurino que mostraba la predilección de la dueña y señora por el noble arte de Cúchares.

Aquel café fué la femenil venganza de «la Niña» contra la

hipocresía y severidad del pueblo. Oriunda de allí, y aun de buena familia, que se codeaba de igual a igual con todo el señorío, casó con un tarambana, jugador y mujeriego, que además de arruinarla la maltrataba.

Claro que en su pellejo «cualquier otra mujer decente» (opinión del pueblo) se hubiese convertido en una mártir voluntaria, hubiese ofrecido sus padecimientos a Dios Nuestro Señor y, poniendo los ojos en blanco, hubiese suspirado a cada momento, con suspiros capaces de enternecer a una piedra: «¡Válgame Dios, válgame Dios! ¡Qué Calvario!» Sin perjuicio, claro está, de contribuír en la medida de sus fuerzas, con sus quejas, su falsa compunción y sus aires de víctima expiatoria—de María Antonieta en el Temple, de María Stuard o de Juana de Arco—, a convertir su hogar en una sucursal del mismísimo infierno. Eso hubiese sido lo decente, «lo señora», lo que cualquier mujer cristiana que se preciase de tal haría. Pero, sí, sí. ¡Ya podían irle a la *Niña* con cuentos de aquellos! Toda la vida había sido una grandísima loca, y no era cosa de que después de casada se le ocurriese cambiar, y menos con aquel marido.

Así, en vez de resignarse, ponerse un manto e ir a casa de las amigas a llorar su infortunio, con lo cual, a más de compasión, hubiese ganado, como dejamos dicho, en respeto y estima, salió «una loca» y «echó los pies por alto». Lióse con un torero, fuése a vivir con él a Madrid, debutó como «bailaora», emigró a América, donde tuvo más amantes que pelos en la cabeza (según frase gráfica de doña Dorotea, la gran definidora de virtudes), hizo muchas de las suyas y, por fin, ya en los cuarenta, con algunos ahorros y «muchísimos brillantes», volvió al pueblo en busca de la revancha, y estableció el «Gran Café de la Torre del Oro». En un principio, la novedad del espectáculo, el lujo «asiático» con que la instalación estaba hecha y el mujerío que ella traía, atrajo a todos los hombres del pueblo, y sus antiguas detractoras pagáronle con creces los malos ratos pasados; pero pronto el establecimiento tomó mala fama; las damas, con su energía, consiguieron retraer a hijos y maridos, y como al mismo tiempo ella, ya obtenida la satisfacción de amor propio, se abandonaba al halago de unos cuantos parásitos, y en vez de ocuparse de traer artistas nuevos dormitaba, el café perdió cré-

dito. A la vez, el tiempo no pasaba en vano, las cosas sufrieron su ultraje: el papel, con la humedad, colgó en jirones; los espejos, cubiertos de nombres y dibujos, se empañaron, estriándose de grandes manchas de humedad; el terciopelo de los divanes ensucióse primero, y al fin rasgóse, mostrando el pelote de sus rellenos; el mármol de las mesas, manchado, rajado, desportillado, perdió blancura, y hasta un cuerno del toro, roto en una noche de juerga, quedó así. El mismo letrero dorado que anunciaba a la puerta el título del café no escapó a los ataques de los años, y como un día de mucho aire cayesen al suelo el «Gran» y el «de la Torre», quedó sencillamente en «Café del Oro».

Claro que el físico de la *Niña* no había sobrevivido a tantos desastres, y ella, que al retornar al pueblo venía oronda y guapetona, habíase convertido en un informe montón de grasas, que apenas si podía moverse. Pasábase la vida sentada detrás del mostrador, con un pitillo entre los labios, vestida con flotantes batas de seda, pringosas, sucias, llenas de manchas, de rotos y descosidos, adornadas de encajes que habían probado todos los vinos, todos los licores y todas las porquerías del café. Cuidábase únicamente la cabeza, y así, el rostro de luna llena aparecía enharinado, pintarrajeado, con los labios cargados de bermellón y los ojos como dos yacimientos carboníferos. Peinada, rizada, teñida y untada de bandolina, adornábase con suntuosas peinetas, y ostentaba en las orejas orlas de turquesas y brillantes grandes como platos.

El personal en aquel momento era escaso y malo. La figura eje del negocio era la *Nazarena*, la «bailaora», una hembra andaluza alta y garbosa, de tez macilenta, enormes pupilas de mora y pelo negro, espeso y aceitoso. Hubiese sido prodigiosamente guapa, en la brevedad inverosímil de los pies y el afinado aristocrático de las manos, si no fuese por una cicatriz enorme que, en recuerdo de un amor que fué, le cruzaba la cara desde el ojo izquierdo a la barbilla. Era Mercedes la *Nazarena* una de esas hembras en cuya vida, encaminada hacia la gloria como hacia un sueño maravilloso, se ha instalado súbitamente la pasión, pero no como algo teatralmente bello, sino como una pesadilla obscena y triste. Desde que en una de las casetas de la feria sevillana trenzó su primer zapateado, un aura de admira-

ción saludó su aparición como la de una de esas espontáneas artistas que de vez en cuando surgen y que son como el ritmo hecho mujer. Unos aristócratas, cegados por la hembra, y unos cuantos escritores, deslumbrados por el arte primitivo de la bailarina, hiciéronle un gran reclamo, y el Pactolo de las contratas fabulosas corrió a sus pies. Y cuando sus sueños se realizaban, cuando triunfaba ya, encontró a un hombre, y su vida, como castillo de naipes en manos de un niño, se vino al suelo. Le quiso. No fué aquello pasión romántica, capricho o vicio; fué más. Poseída, tiranizada, brutalizada fué como una pobre bestia que no vivía sino para la caricia de su amo y señor. Y rodó muy bajo, muy bajo. El amor mismo que sirve para elevar a los unos hasta las cimas, sirve para hundir a los otros en el lodo. A ella sepultóla en él, y conoció todas las vergüenzas, todas las cobardías y todas las miserias. Y, por fin, cuando ella ya no le servía, cuando enferma, triste y vencida era más bien un estorbo, para que no fuese de otro, para que no se levantase más, marcóle la cara con la huella infamante. Pero no era preciso; el veneno estaba ya en la sangre, y la *Nazarena* necesitaba un amo que la maltratase; y rodó de mano en mano, hasta tropezar con Isidro, y entonces volvió a temblar de amor ante el bruto.

La *Martirio* era «cantaora», una de esas mujeres pálidas, de cara alargada, ojos lánguidos, cejas que, muy altas en la frente, caían luego en las sienes. No tenía voz, pero, en cambio, poseía gestos y muecas muy castizas, y un repertorio truculento y sanguinario. En cuanto a ellos, el *Chato de Ronda*, bajo, gordo, cuadrado, con la cara comida de viruela, era un pedazo de bestia que no sabía sino beber y tocar la guitarra, y el *Ecijano*, un niño alto y desgarbado, de voz de tiple y gestos adamados, que se vestía con trajes perla, corbatas color de rosa y botas de charol, con cañas claras.

Aquella noche, tal vez como lunes, tal vez porque las predicaciones de las damas hubiesen surtido efecto, tal vez porque la idea de los reos en capilla pusiese un estremecimiento de frío en sus medulas, probablemente por las tres razones, no había casi nadie en el café. En un rincón, junto a la puerta de entrada, dos arrieros bebían aguardiente en compañía de la Nar-

cisa y la Emilia, que se habían dejado convidar para dar en la cabeza a sus hombres y de paso espiarlos, y manoseaban a la *Picáa*, la camarera, que, pese al cutis manchado de viruela, gracias a los senos ubérrimos y a la cadera enorme parecíales apetitosa. Sentados a una mesa, cerca del tablado, Isidro el *Lanoso*, el *Pecas* y un señorito de Guadajara que, de paso allí para sus negocios, se había refugiado en el antro, bebían Montilla. Así que realmente la entrada de los dos primos, mil veces anunciada por el jayán para soliviantar los celos de su querida, no produjo sino muy relativa sensación.

Entre idas y venidas habían perdido mucho tiempo, y eran cerca de las doce; de modo que, instalados en los sitios que sus amigos les ofrecieron, sólo veían el último cuadro.

En el escenario de tablas, con un espejo de forma apaisada como fondo, el *Chato* tocaba la guitarra de mala gana, mientras el *Ecijano*, con los pies en el palo de la silla, marcaba el compás con una varita, y la *Martirio*, pinchada en el borde del asiento, y después de arreglarse la falda de percal rosa y el pañuelo de talle azul zafiro con flores de colores, los brazos en alto, palmoteaba. Al fin, entornó los ojos, abrió la boca en o y comenzó una copla incongruente dotada de un misterioso sentido:

«¡Que mala «puñalá» te den,
negrazo de mis achares,
que mi «marecita» en el cielo
está llorando y a mares!»

Redoblaron las palmas, y la *Nazarena* se arrancó. Bailaba lenta y serena, retorciéndose en locos espasmos, que le hacían cimbrearse toda y temblar, o deteníase para repiquetear sobre el tablado con los altos tacones, o se paseaba de un lado a otro el cuerpo echado hacia atrás, la cabeza doblada y las manos en alto, castañeteando los dedos. Y estaba bella a pesar de todo, a pesar de los años, a pesar del chirlo que cruzaba su faz; bella en la cola crujidora de percal blanco muy almidonado, en el pañolillo negro con rosas de grana, y en la mancha de sangre de los claveles entre los cabellos negros.

Acabó el espectáculo; apagáronse las luces del escenario, y las artistas vinieron a sentarse junto a los huéspedes.

Silvio estaba cohibido. Pese a la serenidad que aparentaba, todo le azoraba, todo le avergonzaba e inquietaba. María de la Paloma, no. Risueña, burlona, levemente irónica para los demás y para sí misma, reía, hablaba y coqueteaba con todos, victoriosa del malestar despertado por su presencia allí.

Porque, aunque corriese sólo a flor de las cosas, su llegada había puesto una gran incomodidad entre los habituales.

Isidro, fanfarrón, vanidoso, petulante, no sabía, sin embargo, qué conducta seguir; por un lado la presencia de la nena corroboraba sus bravatas, pero por otro no osaba nada que fuera atrevimiento por miedo a una repulsa allí, delante de todo el mundo; el *Pecoso*, sin que las copas de más que tenía en el cuerpo lo remediasen, sentía la humildad del siervo que aun borracho y todo se doblega a una mirada de su señor como a un latigazo. La *Martirio*, malévola, agriada por las crueldades de la vida, sentía el sordo rencor de la desgracia por la «cochina señorita que iba allí a divertirse con ellas». En cuanto a la *Nazarena*, era odio, odio rabioso de hembra celosa que se sabe vieja, estropeada y pobre ante la belleza, la fortuna y la juventud de una rival feliz que de improviso se pone en su camino; y había aún otros odios silenciosos que exasperaban en la sombra, odios miserables y vulgares, los odios de las dos bestias de carga que en un rincón con los jayanes bebían Cazalla. Sólo el señorito forastero, divertido por el encuentro con aquella virgen loca, hacíale la corte de un modo espiritual, y el *Lanoso*, casi borracho, hacíasela groseramente, empujándola con el codo y riendo brutal:

—¡Ji! ¡Ji!

Pero María de la Paloma se divertía. El odio de la una, la turbación del otro, la rencorosa antipatía de la «cantaora» y hasta la bestialidad del imbécil, parecíale muy pintoresco, y en vez de, satisfecha su curiosidad, batirse en retirada, entreteníase en hacerles beber, en exasperarles, en exaltar los malos deseos de los hombres y la rabia hirviente de las mujeres. Súbitamente, y a una galantería más desenvuelta del señorito, rió procaz:

—¡No me haga usted la corte, porque estoy comprometida! Mi novio es éste.

Y otra vez, como la tarde de las vendimias, con descocada

osadía acarició las greñas del idiota, mientras sus ojos audaces desafiaban a Isidro.

El tonto dejó oír la sempiterna risa:

—¡Ji! ¡Ji!

Y el fauno de la rosa hízose audaz:

—¡No haga usted caso, que no tiene más novio que yo!

La *Nazarena* miróle, presa de una agonía de pasión:

—¡No digas eso, chiquillo, ni en broma, que eres mío, negro!

La *Martirio*, con agresidad, murmuró entre dientes:

—¡Lástima de «morrá» que te daba, niña!

En vez de no darse por aludida, la muchacha volvióse atrevida hacia ella:

—¿Por qué? ¡Yo soy una mujer como todas!... ¡La señorita! ¡Pobres señoritas si serlo es vivir como muñecas!... ¡No, no! Yo quiero vivir la vida de verdad; sufrir, gozar, que me quieran, que me den una puñalada por amor!

Siempre entre dientes, murmuró la *Martirio*:

—¡Ya te la darán si te descuidas, prenda!

Pero el de Guadalajara había pedido más vino para borrar cuestiones, y bebían todos. María de la Paloma, despiadada, frívola y perversa, bebía en el vaso de Isidro, y daba a beber al *Lanoso* en el suyo, mientras con voluptuosidad de gata cruel sentíales trepidar de deseo junto a ella.

La atmósfera de hostilidad densábase de tal modo, a pesar del cordial del vino, que todos sentían un malestar más fuerte que su voluntad de vencerlo, invadirles. Había una tragedia en el ambiente, una bárbara tragedia en la penumbra de odios, celos, rivalidades y deseos; una tragedia que se asomaba a los gestos, reflejábase en los ojos y matizaba las palabras con raras modulaciones.

El mismo Silvio sentíala instintivamente, como las gentes muy sensibles sienten la tormenta que hay sobre sus cabezas; sentíala en una inquietud eléctrica que ponía un raro sobresalto en su espíritu e infundíale nueva energía, al mismo tiempo que, tornándole a él mismo más primitivo, hacíale celoso también, violento, inquieto y liberado por un momento de su cobarde afeminamiento.

En el reloj dieron las tres, y Silvio, muy pálido, pero con resolución, conminó:

—¡Hay que irse ahora mismo!

Al verle tan blanco, tan frío, tan resuelto, Paloma no supo resistir:

—¡Vamos!

Isidro púsose en pie mientras se ofrecía:

—Yo les acompaño; no es cosa de que crucen la viña solos.

En los ojos trágicos de la *Nazarena* brilló un relámpago de celos:

—¡Yo voy con «ustés»!

El *Lanoso* anunció:

—¡Y yo! ¡Ji! ¡Ji!

Habló la *Martirio*:

—Mira, nos vamos «toos» juntos. Aquí ya no ha de venir ¡die...

Isidro murmuró con despecho:

—¡Ni que nos fuésemos a perder!

Y la *Nazarena*, fatídica:

—¡Por si acaso!

VII

LA FIESTA DE LOS FAUNOS

Caminaban ahora al través de los viñedos que bordeaban el pueblo. A un lado quedaba éste, dominado por la torre de la iglesia, todo blanco en el baño de la luna; al otro, se tendían las viñas hasta el horizonte, cortadas de vez en cuando por la mancha trágica de los olivos de plata. En el cielo, muy alto, muy sereno y muy azul, un cielo transparente de zafiro, brillaba el astro de la noche como un disco de luz.

Delante marchaba María de la Paloma alegre, riente y saltarina; a sus lados, Isidro y el *Pecoso*; detrás, Silvio, entre la *Nazarena* y la *Martirio*. El *Lanoso* iba y venía de un grupo a otro, diciendo cosas estúpidas o cabalísticas. Los dos jayanes, bebedores de aguardiente, siempre con las mujeronas, venían detrás.

La nena parecía contenta, desbordándose su alegría burlona en una nerviosidad turbulenta y bulliciosa; sin embargo, un buen observador hubiese encontrado un punto de inquietud en el fondo de aquella exuberante verbosidad. Seguía igual que en el café, azuzando a los brutos; pero era menos espontánea, más forzada, como si hiciéralo por haber puesto su amor propio en ello y no quisiera confesarse ni a sí misma un temor ahora.

Silenciosos, a algunos pasos de distancia, seguíale Silvio, a quien, tal vez inconscientemente, las dos hembras de pecado habían cogido del brazo. La luna hacíales a los tres muy blancos, translúcidos en la maceración dolorosa de los rostros, que eran como tres extrañas caretas de marfil.

Por último, el idiota hacíase en la lechosa claridad lunar repulsivo y grotesco, inquietante y escalofriador como un gnomo maligno, y su cara deformábase más, tornábase más lúbrica y cruel.

Los otros cuatro eran sombras confusas, esos personajes indescriptibles que forman el fondo borroso de algunas tragedias.

La voluntad de la *Nazarena* tendíase como un arco hacia el grupo delantero; toda su atención iba fija en él, y trataba de sorprender una palabra, de adivinar un gesto; la *Martirio*, por el contrario, concentraba todos sus sentidos en el chiquillo pálido y aristocrático que, como una sombra, caminaba a su lado en la noche. En su voluntad de hembra, para quien todo el bien de la vida concentrábase en el placer amoroso, había nacido súbitamente un capricho por el adolescente débil y enfermizo, blanco como una mujer, cándido como una virgen, frágil, ambiguo y triste.

Ella fué la que primero apoyóse en su brazo, sin que él mostrase ni sorpresa ni sobresalto. Después, con burdas tretas, empezó su conquista. Fueron primero los tropezones voluntarios que le hacían ayoparse en él para no caer, las risas sin motivo,

las frases de intencionada disculpa. Pero él parecía no enterarse de nada. Ya en el café la hembra, había aventurado alguno de esos vulgares avances que las mujeres de ciertas clases sociales interpretan como amorosos; habíale pisado suavemente el pie, habíase equivocado de vaso al beber, habíale rozado la mano, y, riendo sin motivo, con grandes gestos, dejádose caer sobre su hombro. El, inocente, no parecía ni un notar tales maquinaciones. Toda su atención iba prisionera del grupo que formaban María de la Paloma y los dos brutos.

Entre la arrogancia bárbara de Isidro y la amazacotada pesadez del *Pecoso*, Paloma era más blanca, más aérea, más graciosa y frívola. La luna, que subrayaba la negrura de la cara y la hostilidad de ademán de los faunos, estilizaba a la muchacha, que, así, con la dorada aureola de sus cabellos, las turquesas engarzadas en oro de las pupilas y la rosa entreabierta de los labios, tenía, escoltada por los siervos, y en contraste con el idiota que la rondaba como un can familiar, la gracia de una princesita de cuento de hadas.

Sin embargo, espiritualmente, nada más lejos de aquello que la realidad. Perversa, curiosa, buscando con ahinco el «escalofrío», complaciéndose en turbar, en exasperar a los hombres rudos, cuyo deseo, como un aroma muy fuerte que no se sabe si es grato o repulsivo, como ese olor a savia humana que exhalan algunos arbustos en las tardes estivales y que produce una sensación de malestar, la embriagaba, *la señorita* jugaba y reía con un aplomo que en el fondo estaba muy lejos de sentir. Súbitamente, inclinándose hacia Isidro y envolviéndole en una mirada, no se sabía si de curiosidad o de desafío, interrogóle:

—¿Quieres mucho a la *Nazarena*?

Miróla él desconcertado; luego, reponiéndose, con petulante dominio de gallo de corral, afirmó:

—No es por ahí... La *Nazarena* está que «chaláa» por mí, pero yo... ¡naranjas de la China!

Como una Eva de veinte años que antes de comerse la manzana quisiese ver lo que tenía dentro, insistió:

—¿Y a la Narcisa, di?

Rió él, grosero.

—¡No se peina el hijo de mi madre «pa» esa pellejos!

Maliciosa, risueña, interrogóle aún:

—Entonces tú ¿a quién quieres?

Vaciló acobardado, pero al fin pudo más la petulancia, en complicidad con el deseo, que la natural timidez, y entre dos risotadas que encubrían el azoramiento, cantó un bárbaro madrigal en la noche:

—¡Yo a quien quiero es a una niña más bonita que el sol y más blanquita que la luna, con un pelo que da gloria y un cuerpecito que dan ganas de tirarle un «bocao»!

María de la Paloma echóse a reir.

—¡Qué ponderativo eres!... ¿Y dónde has encontrado esa alhaja?

Aseguró él:

—¡Aquí, a mi «laíto» la tengo!

La inquietadora echóse hacia atrás, hasta casi doblar la cabeza sobre el hombro de su tosco galán, y hundiendo la mirada azul en las negras pupilas murmuró:

—¡No seas bruto! Tú tienes a tu novia...

Si el fauno de la rosa, embriagado de vino, de deseo y también de luna, decía cosas llenas de ruda poesía, la *Martirio* experimentaba cómo aquel capricho, nacido al calor del vinillo generoso, por *el señorito*, débil y blanco como una damisela, se exasperaba. No era ella hembra que supiese resistir a tales deseos, y así, apretando el brazo de Silvio y oprimiéndole contra su seno, grande y blando, musitó casi a su oído:

—¡Si tú quisieras, chiquillo!

Displicente, molesto, trató de separarse de ella.

—¡Déjame!

Pero la hembra hacíase más melosa, más acariciadora; ceñíase más a él.

—¡Ay, nenito, que tú no sabes lo que es querer!... Tú eres como un niñín recién «nacío» que no ha abierto todavía los ojos a la luz... No hagas tú caso de señoritas pintureras, que si vamos a ver son peores que nosotras. ¡Yo sí que iba a quererte!

Impacientándose logró soltar su brazo.

—¡Déjame!

Pero ella volvía a la carga.

—¿Por qué eres malo, di? ¡Si yo te quiero, si no te pido

nada más que te dejes querer como se dejan querer los santos que están entre dos velas y dos floreros en los altares!

La *Nazarena*, en contraste con el romanticismo que el dorado Montilla despertaba en los corazones de su amiga y del Isidro, tenía el vino malo, y en voz alta murmuró como para sí:

—¡Cochinos de señoritos!... ¡Lástima de...!

Y encarándose con la *Martirio*, subrayó, burlona:

—¡Ay, Jesús, hija! ¡Yo no sabía que te gustaban las muñecas ahora!... Le quieres poner unos faldoncitos azules...

Habían llegado a un claro o plazoleta, llena de olivos como el Getsemaní; a la izquierda veíanse los tapiales bajos de una huerta, que formaban una calzada, por donde en unos cuantos pasos se estaba en la plaza de la Cruz del Parador, en que por encima de los blancos muros veíanse los sauces del jardín de doña O; a la derecha, más huertos, alineándose junto al camino, bordeado de merenderos, que llevaba a la estación; enfrente, siempre los viñedos, que se extendían hasta el infinito.

Paloma detúvose, y murmuró extasiada:

—¡Qué bonito!... ¡Y qué pereza da irse a la cama ahora!

Isidro propuso:

—Vamos a descansar un momento aquí.

Iba la muchacha a negarse, cuando la voz angustiosa de Silvio protestó:

—¡Es un disparate! Si mamá o tía Tecla...

Rebelde, como siempre, la chiquilla, a todo lo que era sujeción, dejóse caer al suelo.

—Un ratito nada más...

Todos sentáronse, formando amplio círculo. María de la Paloma, medio tendida; a sus lados, como en el paseo, Isidro y el *Pecoso*; Silvio, entre las dos hembras de pecado; el *Lanoso*, a los pies de *la Señorita*; los otros cuatro habíanse acercado y contemplaban la escena.

La atmósfera parecía densarse en torno a ellos; una atmósfera de drama grosero y brutal hecha de vahos de vino y de deseo, de cuerpos sucios y sudorosos y de perfumos baratos. Paloma sentía, con vaga repulsión en su brazo el aliento quemante del fauno, y al mismo tiempo, sin quererlo, se inclinaba hacia él, huyendo del olor a aguardiente del *Pecoso*. Silvio al levantarse no podía

rehuir el caliginoso contacto del cuerpo de la «cantaora». Y los otros cuatro, los dos jayanes y las mujeronas, rondaban como chacales que presienten la hecatombe.

El malestar comenzaba a apoderarse de la muchacha; ella misma no se lo quería confesar, pero sentía un vago e irrazonado temor, el deseo de que aquello acabase, de verse ya en la prisión de su casa. Para vencer la incomodidad encaróse con la *Martirio*:

—¿Por qué no nos cantas algo, aquí a la luz de la luna?

Los ojos de la mujer se clavaron en ella con odio, como dos puñales. La invitación sonábale a humillante afirmación de su inferioridad, a ironía cruel de *la Señorita*, hecha a tratarles a zapatazos. Crecióse ante lo que ella creía sangriento sarcasmo.

—¡Ahí va!

«Que un alacrán en el pecho
Te clave negro aguijón;
.....
.....

El idiota se incorporó entre grandes gritos de júbilo, mostrando una botella de aguardiente.

—¡Ji! ¡Ji! ¡Lo que le «robao» a la *Porrona*! ¡Ahora «sus convío» yo!

Galante, ofreció a Paloma. Ella rechazó:

—¡Gracias!

Pero la voz agresiva de «la Nazarena» reprochaba burlona al *Lanoso*:

—¡Quita de ahí, hombre! ¡No ves que eso no es «pa» señoritas finas; eso es bueno «pa» las pobres que no tenemos honra ni vergüenza ni «na»!

La muchacha rectificó, decidida a mostrarse fuerte:

—Venga; probaré por no despreciar...

Hizo como que bebía y devolvió la botella, que comenzó a correr de mano en mano.

Como si aquello fuese el fuego que faltaba, una alegría grosera, brutal, apenas contenida por un resto de respeto instintivo

en los «señoritos», apoderóse de ellos. Reían, gritaban, cantaban, retozaban. El imbécil, en medio del círculo, hacía cabriolas y lanzaba chillidos inarticulados.

La voz de Silvio dominó el concierto; incorporado rechazaba a la hembra, que trataba de seducirle:

—¡Déjame!

Pero ella insistía, borracha de vino y de deseo:

—¡Nenito! ¡Vidita! ¡Te quiero!—y colgándose de su cuello, con el nudo irrompible de los brazos blancos, bonitos aún, buscaba sus labios afanosamente.

Con insólita rudeza, rechazóla haciéndola caer a tierra:

—¡Bestia!

Voces irónicas canturrearon con adecuada entonación:

—¡Ay, mamá!

—¡Jesús!

—¡Ay! ¡Qué miedo!

—¡Ay, hija!

La *Nazarena* rióse insultante:

—¡No querías señoritos de mírame y no me toques...; pues te está pero que muy bien «empleo»!... ¿Quieres palos, burra? ¡Pues arrea!

María de la Paloma se puso en pie de un salto, y encarándose con su primo dijo:

—¡Vamos!

Pero la mujer había vuelto a hacer presa en el chiquillo y éste no consiguió soltarse. Entonces, ciego, exasperado, abofeteóla.

—¡Bestia! ¡Bestia!

Paloma, en pie, perdido el valor, se impacientaba:

—¡Vamos!

Pero la *Nazarena* azuzó a los hombres:

—¡Vamos, que a doña Princesa le ha «dao» un pronto! ¡«Josús» que prisa más grande!... ¡Andar mandrias, palomitos, que se os va la hembra! ¡Ay, pío, pío, que rica!

Y encarándose con el imbécil:

—¡Hijo, que la novia se te «pira»!

Borracho, los ojos como ascuas y la boca cubierta de espuma, el tonto saltó sobre la señorita y trató de abrazarla; pero

ella defendióse bravamente, y con pies, manos y uñas contenía a su enemigo. Sin embargo, el tonto era pertinaz, y ella comenzaba a flaquear. Las ropas desgarradas, despeinada, sudorosa, forcejeaba siempre. Las mujeres reían malignas, asistiendo cruzadas de brazos, como espectadores al último acto de la tragedia, y los hombres seguían palpitantes la lucha, despidiendo sus pupilas llamaradas azules de alcohol y de lujuria.

De improviso, el fauno de la rosa acercóse al imbécil y de un puntapie lo arrojó al suelo:

—¡Cochino! ¡Ladrón! ¡A esta mujer no la toca nadie más que yo!

Y María de la Paloma, que por un momento creíase libre de la atroz pesadilla, hallóse frente al nuevo enemigo.

Lento, jactancioso, brutal, grosero, pero bien plantado y fuerte, con varonil apostura de macho, Isidro acercóse pausadamente a ella:

—¿Verdad, prenda, que tú eres «pa» mí?—e intentó pasarla la mano por la cara.

Pero María de la Paloma, rápida, alzó la suya y plantóle una bofetada sonora, fuerte.

Por las pupilas del bruto pasó una llamarada roja; pero contúvose, y con atroz ironía rió:

—¡Conque sabes pegar, gatita!... Así me gusta, pero...

Saltó sobre ella y la aprisionó en los brazos nervudos y velludos como los de un panida.

Las mujeres azuzaron:

—¡Anda con ella, que te «pué»!

Y los faunos rieron bestiales:

—¡Duro! ¡Duro!

Paloma, forcejeando siempre, imploró ayuda:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Silvio!

Era tarde; mientras ella luchaba heroica, las faunesas, ebrias, poseídas de una fiebre de locura, habían conseguido derribarle, y entre risotadas animaban al bruto:

—¡Anda, que te puede!

Y el imbécil, caído en el suelo, reía siempre:

—¡Ji! ¡Ji!

... ...

Y cuando en la alborada se abrió la rosa ígnea del sol en el cielo turquesa, sobre el lecho de oro y cobre de los pámpanos, aparecía semidesnudo, prendido a las vides por los cabellos de oro, el cuerpo todo blanco de Paloma. Frente a ella, lívido, como un mártir de marfil, Silvio, yacía atado a un olivo, muerto, la cabeza tronchada sobre el pecho.

Antonio de Hoyos y Vincent

Le interesa. señora
El cabello blanco envejece; ¿para qué parecer viejos? Usad **La Flor de Oro** y tendréis el cabello negro, lustroso y abundante. Esta tintura no contiene nitrato de plata. Se vende en las perfumerías y droguerías.

Tintura Mora
No tiene rival para teñir el cabello castaño o negro; no daña ni ensucia.-Venta: principales perfumerías y droguerías. Depósito: E. Sarra, Ronda San Pedro, 7, Barcelona.

¡¡ EUREKA !!

Es el mejor calzado
Nicolás M.ª Rivero, 11

Advertencia

Esta Administración **no vende números sueltos** Los lectores que tengan incompletas sus colecciones, diríjanse a nuestros Corresponsales.

La Administración de La Novela Corta se ha trasladado a la calle Calvo Asensio, 5

AVISO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES

A partir del próximo Julio que terminan las subscripciones de semestre, **sólo serviremos subscripciones por un año.** Rogamos lo tengan en cuenta nuestros subscriptores al renovar la subscripción.

TAPAS

para encuadernar los números publicados por LA NOVELA CORTA hasta fin de Junio.

En breve se pondrán a la venta unas tapas artística y lujosamente encuadernadas en **tela moaré,** con estampaciones, las cuales irán avaloradas por un

Número índice

que contendrá juicios críticos del ilustre pensador

MANUEL BUENO

consagrado cada uno de ellos a los siguientes escritores:

Galdós.-Pardo Bazán.-Baroja.-Dicenta.-Linares Rivas.-Trigo. Unamuno.-Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Zúñiga.-Colombine.-Nervo.-Prudencio Iglesias.-Noel.-Répide.-Villaespesa. Carrere.-Belda.-Hoyos Vinent.-García Sanchiz.-Ayala.-S. José.

Estas semblanzas literarias serán complementadas por semblanzas personales escritas por **José M.ª Carretero**

EL CABALLERO AUDAZ

sobre **cuál es el rasgo más personal del carácter,** y **cuál es el rasgo más característico de la vida** de dichos escritores. Estas informaciones irán acompañadas de **una caricatura,** firmadas cada una de ellas por nuestros más insignes dibujantes.

Los señores suscriptores, coleccionistas de Madrid y Corresponsales dirijan sus pedidos a esta Administración. Los señores **coleccionistas de provincias** pueden dirigir sus pedidos a nuestros corresponsales y principales puestos de periódicos.

Precio de las tapas: 2 pesetas.

Todo pedido deberá venir acompañado de su importe.

A provincias, certificadas: 2,25 pesetas.

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

CONCESIONARIO:

León Ornstein ▪ Madrid

Mariana Pineda, 5

Tipografía, Antonio Palomino, 1.-Madrid.